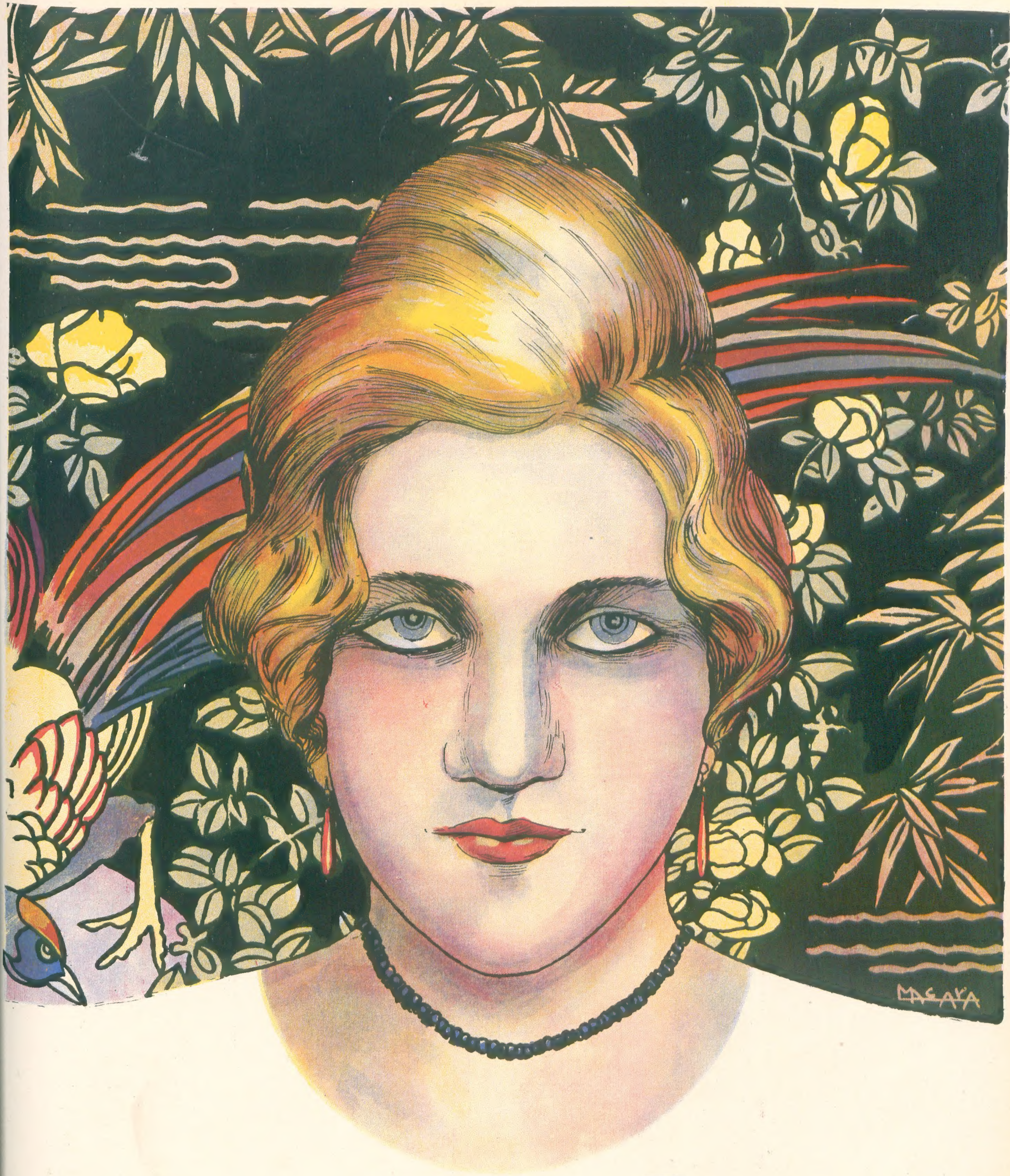


FRAY MOCHO



FRAY MOCHO

Año VII — Buenos Aires, 7 de marzo de 1918 — Núm. 306

Frente a la vida

''Querido Henrik—dice la mujer en ''El poder de la mentira''.—¿No sales hoy para ver si encuentras casa?
Sin otro defecto que ser un soñador, Henrik Wangen se ve acusado de una falsificación que no ha cometido.

La lucha estéril dentro de un círculo que cada vez se estrecha más, ha ido consumiendo su fuerza espiritual hasta convertirlo en un miserable despojo humano, injusto y cruel aun con aquellos que intentan ayudarlo, que lleno de odio y suspicacia concluye por apartar de sí a su propia mujer, a quien ama y de quien es amado.

Más que el frío e impotente ''no mentirás'' de la ley de Dios, el libro de Juan Bojer inspira profundo horror al crimen más cobarde, impune y común: mentir. Libro es que debería hallarse en sitio bien visible en todos los hogares.

''Wangen contestó algo enojado al verse interrumpido: —Ya te he dicho que no merece la pena buscar casa mientras pese sobre nosotros esta acusación.

''Y volvió a ponerse a escribir, pero Karen agregó: —¿Entonces prefieres que nos dejen en la calle?... ¿Olvidas que la venta tendrá lugar la semana que viene?

''Wangen tiró la pipa sobre la mesa... —¿No podrías —dijo— ocuparte tú en buscar casa, en vez de venir a interrumpirme a cada momento?

''—No sabía que estuvieras ocupado en un trabajo tan importante, Henrik...

''Lo miró un instante, luego volvió a la cocina, en donde siguió lavando en un barreño la ropa de los niños.

''Wangen logró sentirse inspirado nuevamente, y estaba muy adelantado el artículo cuando su mujer entró por segunda vez a interrumpirle. Entonces llevaba consigo a la niña de dos años.—Henrik—le dijo—dispénsame, pero no has partido la leña como te supliqué: es preciso que tengas a la niña mientras voy yo a partirla.

''Alzó Henrik la cabeza y estuvo un instante con la mirada fija; luego suspiró:

''...—Creí que me ayudarías un poco, Karen, en esta temporada de prueba, pero veo que podrían entrar aquí para asesinarme, sin que tú dejases de ir y venir con toda tranquilidad, ocupándote en la cocina, y en el lavado, y atenta, ante todo a partir leña.

''Poco después en la cochera la señora Wangen partía la leña, y al mismo tiempo cuidaba de la niña, a la que dió unos palitos para que se entretuviera.

''No hacía cinco semanas que había perdido el último hijo, casi al nacer, porque su leche no podía alimentarlo.''

Es el hombre general en la victoria, soldado valeroso la mujer en la adversidad.

Siendo perfecta la salud en la familia, y las entradas regulares, el hombre reina; bonachón o severo, comunicativo o silencioso, gentil o indiferente, pero reina. Tal el efecto que produce, ya abra la puerta de calle con mano firme y arrogancia manifiesta, y deje su sombrero, que es la toma de posesión del hogar a diario repetida, ya salga marcialmente — a la conquista del mundo, según parece — despedido por la sonrisa amable de la esposa, la misma con que le recibe cuando llega, mientras se corre la voz entre los chicos alegres o temerosos: ''está papá''.

El hombre llena la casa, la completa, la desborda. Ante él los demás ponen sordina a sus gustos y sentimientos. Es el amo.

Artista, escritor, hombre de estado, modesto escribiente, o humilde portero, es dictador en su casa. Puede no serlo más que en apariencia, pero la impresión es la misma, y, al fin, vivimos de apariencias. Las mujeres son para él seres inferiores. ¿Acaso entienden una palabra de arte, ni de letras, ni de cuestiones de estado, ni de notas de escribientes, ni siquiera de tiesuras del servicio?

Hombre de negocios — o con pretensión de serlo — amontona cifras que suma, resta, multiplica y divide tan velozmente que nos van dejando boquiabiertas. (Las mujeres no verificamos nunca la exactitud de tales operaciones, oímos el ruido. Convendría una prueba).

¡Qué inteligentes los hombres! ¡Qué fuertes! ¡Cuánto corazón! ¡cuánta cabeza!

Sus obras, impresionantes, de ciencia abstrusa o clavaduras de clavos de media pulgada que golpean con garbo sin igual, les forman una aureola de misterioso poder.

— El libro de Fulano — dice la mujer del escritor — y hay que oír cómo lo dice. Fulano es el marido.

Y con no menor delectación exclama la esposa del artista: — Mengano ha terminado la maquette.

— Mi hijo dió examen — agrega la mamá del estudiante.

Nada habla la señora del industrial,—aquí ya no está bien lo de esposa, ni mujer; yo nunca lo he oído, pero supongo que las mujeres de los señores que dicen: mi señora, han de decir a su turno: mi señor—bueno, nada habla la señora del industrial, porque no es de buen tono comentar la fabricación de velas o jabones, pero el resplandor de sus joyas pregona la gloria de su dueño.



Sin otro recurso, algo es algo, salpica su conversación la mujer del empleado, con los nombres de los superiores del marido.

No le falta a ninguno el correspondiente nimbo de grandeza.

Las mujeres reverenciamos a los hombres que trabajan, o que parece que trabajan. Si no lo hacen, les resta todavía un motivo de excelsitud: son hombres.

¡Honor a los héroes!

La mujer es como un objeto. Tal vez un objeto bonito, quizás un objeto lujoso, muchas veces un objeto útil.

No quiere el hombre iniciarla en los misterios de su religión: aparentar. La desea dócil, humilde, callada, admirativa y reverente. La desea esclava. Achaque de hombres ya casados — ellos sabrán por qué — es su inclinación hacia la mujer consciente.

Cuando todo marcha a pedir de boca, el hombre se encarama sobre un trípode, y es Dios.

Pero ¿quién está exento de dolores? La enfermedad acecha, el dinero se evapora, las esperanzas se desvanecen. El bullicio alegre del hogar se torna clamor de duelo, o silencio de congoja.

Cae la sombra sobre la frente del varón, y sus espaldas se agobian. Peor todavía si intenta ahogar la pena en la disipación o en los vanos placeres. Así, bajo dorado brillo, se atrofia su alma, y se anula. En uno u otro caso, hombre al agua.

La mujercita queda sola. Aquella inútil, ignorante, tímida mujercita que huye de las lauchas, y llora cuando al hijo le duele la cabeza, de manos sólo capaces de labores primorosas, anda activa de la sala a la cocina y de la cocina a la sala; suma, resta, multiplica y divide — en pequeña escala, eso sí — sólo los dolores se miden en grande escala para la mujer, únicamente el sacrificio, de lo demás le corresponde siempre lo escaso, lo restringido, lo nivelado, — suma, resta, multiplica, pues, para hallar solución al pavoroso problema: vivir, hacer vivir a los suyos.

Ha empezado sabiendo apenas preparar el ajuar para el bebe, y termina siendo capaz de vestir al marido. Porque es esta la teoría femenina: una mujer puede carecer de lo indispensable, un hombre no debe pasar sin lo superfluo, porque ¿qué hace un hombre sin traje correcto y sin dinero en el bolsillo?

En nuestra candidez, podríamos imaginar que exactamente lo que una mujer sin buenos vestidos y sin dinero — quedarse en su casa, mortificarse, sufrir si llega el caso.

Pero esto es una tontería — enfermedad de inocentes, — porque (aquí surge otra vez) el hombre es hombre, divina perogrullada que ha hecho de él el animal más cobarde; que le permite todos los egoísmos, todas las miserias, todas las ruindades, a expensas siempre de la decantada debilidad femenina, que es, a fin de cuentas, vigor encubierto, para su placer un día, — al hombre le gusta sentirse superior, hay que darle ese gusto — para su comodidad otro — el hombre necesita una fuerza que lo sostenga, sin saber que lo sostiene, hay que ser esa fuerza.

Cuando las cosas marchan mal, la mujer va y viene en el hogar derruído; visita amistades, pone en juego su influencia de mujer — triste influencia — pide. Un hombre no puede pedir, pero no es lógico que pida la mujer para el marido, la novia para el novio? Vayan para ella, pues, los tragos más amargos.

Y si nada consigue, porque al cabo, para conseguir suele ser preciso dar — recuerdo con horror el apretón de manos de un viejo calificado de respetable, a quien se me pidió pidiera algo, mano carnosa y asquerosa, que no volvería a tocar aunque me fuera en ello la vida; — si nada consigue, desciende la mujer al trabajo personal, rudo, pe-



sado, humillante y mal pago. A pesar de su debilidad, sin duda por ella, a la mujer se le reservan las labores más rutinarias, agobiadoras, sin porvenir.

Cuando el hombre trabaja para ganar el pan, nada sabe del cuidado de la casa y de los chicos.

La madre, costurera, maestra, empleada o lo que sea, pone la olla en el fuego, lava y viste a los hijos, y le sobra tiempo, debe sobrarle, para limpiar la casa y adornarla; y si no se engalana para agradar al marido, el mundo entero la culpara de torpe. Si Dios quiere, hasta en el otro se le hará el mismo cargo.

Pero en la pared empiezan a verse los ladrillos.

—Ocupación para hombre—piensa la inocente. El marido, que cansado de llamar de puerta en puerta vaga como ánima en pena, o grita virilmente en son de protesta, remendará la pared.

¡Cómo se lo pide su mujercita con tímida sonrisa y entre dos cariños! —En un momento—le dice para probarle que si se tratara de cosa de mayor monta, no se animaría a molestarlo.

—¡En un momento! Es muy fácil para tí—replica el hombre.—Ustedes creen que todo es dar puntadas y puntadas. Ya veré...

La mujer se aleja, y espera.

La mujer siempre espera, hasta que se idiotiza y no hace caso de nada—no es idiota de veras, es el tipo clavado de la mujer mal casada, que se reconoce a primera vista—o hasta que reacciona y hace caso omiso del hombre en cuyo brazo soñó encontrar apoyo.

Dejemos a aquélla, para observar a ésta.

Un buen día, cansada de esperar la prometida ayuda, que, como todos los grandes acontecimientos, tardará en llegar, raspa la pared, prepara la mezcla y, sonriente, con una vieja cuchara y una modesta madera, remienda la pared, no con arte de albañil, pero sí de modo que no siga cayéndose el revoque, que era lo que deseaba conseguir.

El hombre, desde su trípode, mira indiferente, o señala defectos. Repentinamente, la obra de romanos que él debía emprender le ha parecido una nimiedad.

Pasa el tiempo. El trabajo, y más que él, las angustias, han impreso un sello doloroso sobre el rostro de la esposa. En sus cabellos brillan hilos de plata.

El hombre piensa: ¡Qué vieja está Fulana! ¡Qué mal vestida! Y sus ojos se complacen en la primer figura de mujer elegante y fresca que halla al paso. Y las mujeres—siempre generosas—decimos:—Es natural que pierda el cariño del marido, ¡está tan fea Fulanita!—Y no nos matan, ni lo matan.

Si la mujer muere, y sin necesidad de que muera, ¿le faltará, acaso, al hombre la joven enamorada con la que pueda recomenzar una vida próspera y feliz?

La Argentina pasa por momentos difíciles. Sabe Dios en qué rincón del mundo ha ido a refugiarse la Fortuna.

El general de la victoria ha perdido sus pujantes bríos. Grita, se lamenta, o se cubre de falsos oropeles, afeminado y pueril, impotente y presuntuoso.

Puede entontecerse la mujer en su desamparo y dejarse arrastrar hacia el abismo, en la miseria del hogar humilde, o en la miseria del hogar suntuoso, en el que todo se debe—el alma es una, y es una la abyección bajo cualquier manto que se la vele—o puede afirmar el pie en el suelo, hacer frente y triunfar.

Triunfar sin brillo, se entiende; la trompeta de la Fama no suena para obras de mujer—por otra parte, vencer no es brillar. Sucede con las vidas como con la mica y con el oro. Brilla la primera en la superficie de la tierra con tan vivos reflejos, que hasta nos obliga a veces a usar vidrios ahumados, y va perdido el oro en las arenas de los ríos, o se oculta entre las piedras de las áridas montañas, exigiendo su conquista dolorosos sacrificios.

No deberá sublimarse la mujer para alcanzar el foco de luz y calor que iluminará la senda hoy sombría de su vida, y renovará las agotadas fuerzas, porque el calor puede hallarlo en el cariño hacia los suyos, y la luz la espera humildemente en el fogón de la cocina.

Sitio poco lucido, eso es verdad, pero sitio poco lucido es la tarima del maestro, y ella nos dió a Sarmiento; y sitio poco lucido el mostrador de la librería, y de ahí surgió Ameghino.

Por lo demás, ¿es posible que quepan elementos para forjar fuertes personalidades en los carneritos de Panurgo—niñas y niños—que corren presurosos tras la moda, sacrificando en sus altares corazón y entendimiento?

El país, conjunto de hogares, un gran hogar, en suma, espera la energía femenina, la sublime abnegación de la mujer en las horas graves, porque ya empiezan a verse los ladrillos.

Ha llegado el momento en que la mujer, soldado raso, debe trabajar modesta, silenciosa, tenazmente.

Las tareas formales le proporcionarán bienes preciosos: sencillez de costumbres, firmeza de voluntad; y le harán conocer el valor del propio esfuerzo, permitiéndole ser dueña de sí misma, a ella, mujer, a quien el hombre hasta ahora ha comprado al precio de casa, alimentación y vestido, al precio de una posición que no se le enseñó a labrar con propias manos, del mismo modo que los pueblos que no han alcanzado nuestra estupenda civilización la compran por cueros o animales.

(Conviene recordar que en la actualidad compran hombres las mujeres, proporcionándoles la escala por la que han de trepar a posiciones más holgadas, mientras ocultan ellas, pudorosas, el horrendo fracaso de sus vidas).

El hábito del trabajo hará potentes los espíritus livianos, y los carneritos de Panurgo quedarán reducidos a unos cuantos entes singulares, objeto de curiosidad, pobres degenerados que la ola de purificación social que llega arrastrará como briznas de hierba.

¡Adelante, señora!, que cuando llegue la hora del éxito, el general de la victoria se presentará altivo y gallardo, rejuvenecido en el ambiente de bienestar, y, la mujer, infeliz, insignificante, tímida y admirativa, suspirará:

¡Qué hermoso! ¡Qué fuerte! ¡cuánto corazón! ¡cuánta cabeza!

Mirándola cansada y marchita, el hombre dirá entonces: ¡Qué vieja la mujer! ¡Qué mal vestida!

Pero ya surgirá la joven enamorada, linda y brillante, que, con aleteos de mariposa, acompañará el general de la victoria... hasta que vuelvan a ser cambiados los papeles.

Así va el mundo.

¡Qué importa! Hay breves palabras de valor imponderable, que la propia conciencia susurra, más cálidas que los más calurosos aplausos y más confortadoras: "Tú eres mejor".

Vale la pena oirlas.

Eso es el triunfo.

Mina MARA.

CHAFALONÍA



—De veras que sin esas cosas no me siento tan conquistador.

De mis lecturas — Treinta años después

V. — FRANCISCO LIEBER

Con la energía que acrecienta el entusiasmo y el entusiasmo que enardece la juventud, me incorporaba con mis veinte años al movimiento político del país. En aquellas horas de mi vida tuve el honor y la fortuna de vincularme con los hombres que daban realce a la contienda y orientaban los destinos de la patria. Por esta circunstancia, en la tribuna y en la prensa, confiado en la espontánea sinceridad de mi alma, me sentía fortalecido por el ejemplo de los varones ilustres que estimulaban mi acción. Con la inexperiencia de la edad, vibraba el acento al condenar las transgresiones que justificaron la histórica jornada. La propaganda encuadraba dentro de los conceptos que fundamentan el decoro y el honor en todos los pueblos civilizados de la tierra.

Lecturas fragmentarias, nociones simples, conocimientos primarios, adquiridos en una escuela normal, constituían mi bagaje científico. Esas nociones me permitían dar color a la emoción juvenil para tener la certeza positiva con las afirmaciones que surgen espontáneas, inspiradas por el amor y el patriotismo, en esa edad en que se teje el romance de la vida.

Fué entonces que una feliz coincidencia puso en mis manos la "Moral Política", de Francisco Lieber. En esas páginas, serenas y tranquilas, con el entusiasmo que orienta la sinceridad y define las profundas convicciones, el grande expositor traza cuadros magistrales que separan con línea inconfundible el bien y el mal, en las manifestaciones múltiples y complejas en que actúa y se desenvuelve la vida individual y colectiva. En la arena movediza del tiempo concreta la trayectoria ideal con que pueblos y gobiernos, compenetrándose mutuamente, sintetizan el perpetuo devenir que expande la civilización y orienta el progreso. Decálogo de la democracia, vigoroso y concreto, simple y profundo al mismo tiempo, en cada página tiene una enseñanza que ejemplifica y un ejemplo que enseña. Romántico de buena ley, idealiza la existencia obedeciendo al imperativo categórico.

Tengo por la "Moral Política" de Lieber un cariño, diríase filial. Tal vez mi amor por esas páginas tan notables y sentidas, tan francas y espontáneas, no tengan en la actualidad, obedeciendo a la eterna renovación de las cosas, la eficacia con que en mi ya lejana juventud electrizaba mi entusiasmo. Durante tres años fué el mentor de mi espíritu en la tribuna popular y en las columnas de la prensa. Siempre, en cada hora, Lieber, ampliado con mi firmeza personal, enardecía el entusiasmo cívico con que se dignifica la verdad y se practica la democracia, vinculando el deber personal con el deber colectivo, para alcanzar, obedeciendo a la solidaridad humana, la libertad hermanada con el orden que ampara todos los intereses resguardados por la justicia. Al recorrer sus páginas, que podría, tal vez, recitar de memoria, encuentro las anotaciones de aquellas horas, las frases admirativas de la época, el vocablo conceptual del momento, que vibraba ofreciendo todo lo que entonces podía y debía ofrecer: sinceridad y entusiasmo en la lucha que define el concepto ideal de la patria en los destinos manifiestos de la historia.

Viejo libro, recuerdo de mi juventud: tienes para mí el valor de una reliquia con el encanto de las horas que fueron y las reminiscencias que avivan los años. Recordar es vivir. Vivir es recordar.

José BIANCO.



NUESTRA GRAN EXPOSICIÓN

BLANCA

cuya realización se efectúa con extraordinario éxito, no es una exhibición vulgar de artículos mediocres con precios de "reclame", sino una real demostración de mercadería extranjera fina, marcada a precios muy bajos, con el solo objeto de dar mayor atractivo a esta venta especial.

Ropa Blanca para Señoras

Camisas de batista de algodón, adornadas con un fino festón de broderie, a. . . . . $ **1.75**
Camisas de rico madapolán, guarnecidas con finas valencianas y pasacinta de broderie, a. . . . . $ **1.90**
Camisas en tela de algodón, clase superior, con adornos de fina broderie y pasacinta, a. . . . . $ **2.25**
Camisones de madapolán, de clase superior, cuello y puños con festón de broderie, a. . . . . $ **2.75**
Camisones de buena batista de algodón, guarnecidos con puntillas valencianas y alforzas de lencería, prolija confección a mano, $ **3.75**
Calzones de batista de algodón, con puntilla imitación hilo y alforcitas de lencería, a. . . . . $ **1.20**
Corpiños de madapolán, festoneados y vainillados sobre la misma tela, modelo muy práctico, a. . . . . $ **1.30**

ANEXO

Ropa de Cama y de Mesa

Sábanas para dos plazas, confeccionadas en trué especial, vainilla palito, a. . . . . $ **4.60**
Sábanas vainilladas, para 1 plaza, en buen trué, a. . . . . „ **3.90**
Fundas para dos plazas, confeccionadas en madapolán "Gath & Chaves", vainilladas, con dos bocas, a. . . . . $ **1.20**
Las mismas, para una plaza, a. . . . . „ **0.85**
El mismo artículo, con una boca, para una plaza, a. . . . . „ **0.65**
Toallas afelpadas de muy buena calidad, con filete punzó, cada una, a. . . . . $ **0.90**
Toallas en granité, vainilladas, artículo de buena calidad, cada una, a. . . . . $ **1.85**
Repasadores para cocina, en hilo, tamaño 67x67, la docena, a „ **6.60**
Servilletas para mesa, en alemanesco mercerizado de muy buena calidad, medida: 60 x 60, la docena, a. . . . . $ **7.90**
Madapolán lavado, calidades finas; el met. $ 1.10, 0.85, 0.70 y „ **0.55**

ANEXO Y CASA CENTRAL

Pañuelos para Señoras

Pañuelos de batista fantasía, vainillados, cada uno, a. . . $ **0.15**
Pañuelos de batista, vainillados y bordados, cada uno, a. . „ **0.20**
Pañuelos de fantasía, festoneados y bordados en diversos gustos, cada uno, a. . . . . $ **0.30**

Delantales Blancos

Delantal blanco con peto, confeccionado en buena tela shirting, adornado con finos bordados y alforzas, a. . . . . $ **1.95**
Otro modelo más sencillo, con peto y tirantes, en tela lavable, al precio excepcional de. . . . . $ **1.20**
Delantal blanco de forma entera, a tablones, con mangas, en buena calidad de madapolán, cuello bajo y cinturón, a. . . . . $ **3.50**
Otro modelo muy similar, de forma entera, con mangas en bramante de buena clase, prendido atrás con cinturón, a. . . . . . $ **2.50**

ANEXO

Ropa Blanca de Niñas y Bebés

Camisas en buena tela lavada, adornadas con puntilla imitación hilo, para niñas de años 6-10, $ 0.65; 2-4, a. . . . . $ **0.55**
Camisas en bramante lavado, adornadas con entredós y festón de broderie, para niñas de años 14-16, $ 1.90; 10-12, $ 1.60; 6-8, $ 1.30; 2-4, a. . . . . $ **0.95**
Camisones haciendo juego, para niñas de años 12-16, $ 2.70; 2-10, a. . . . . $ **2.25**
Corpiños haciendo juego, para niñas, talles: del 38 al 42, a. „ **0.85**
Mantillones de bombasí liso, festoneados todo alrededor, a. „ **2.50**
Corpiños de bramante, para sostener la bombacha, adornados con festones, a. . . . . $ **0.50**
Batitas de franela inglesa, festoneadas. a. . . . . „ **0.55**
Baberos de bombasí, con inscripción bebé, a. . . . . „ **0.35**

CASA CENTRAL

Camisería para Hombres y Niños

Camisas blancas, para hombres, vistas de batista fina, cuerpo de tela especial, pechera a tablitas, con puños de plancha, medidas del 34 al 44, $ 3.50; las mismas, sin puños, a. . . . . $ **3.30**
Camisones de bramante "Gath & Chaves", para hombres, con aplicaciones de zephyr color, cuello doblado, medidas en números pares del 36 al 48, a. . . . . $ **2.95**
EXCEPCIONAL. — Cuellos para hombres, importados, de puro hilo, en todas las formas de moda, al extraordinario precio de $ **0.75**
Camisas de madapolán "Gath & Chaves", para niños, a. . $ **1.95**
Calzoncillos cortos en dril extrafuerte; para niños de años 12-14-16, pesos 2.—; 8-10, $ 1.80; 2-4-6, a. . . . . $ **1.60**
Eton Round: Cuello de hilo, forma marinera. N.° del 28 al 35, $ **0.65**

CASA CENTRAL

THE SOUTH AMERICAN STORES

Gath & Chaves Ltd

Casa Central: Florida y Cangallo - Anexo: A. de Mayo, Perú y Rivadavia

Alimentación de los habitantes de un jardín zoológico

Nuestro Jardín Zoológico es uno de los mejores establecimientos de su índole, sobre todo por su higiene y su ornamentación que hace de él un agradable paseo. Pero hay en el extranjero otros mucho más importantes, entre ellos el de Nueva York, que según se dice es el más vasto y rico del mundo. Está poblado por no menos de 5.000 ejemplares de aves, mamíferos y reptiles, todos ellos en cómodas instalaciones. Por supuesto la tarea de alimentar a tan numerosa población es lo que exige mayor atención y personal especialmente competente, pues, en ciertos respectos es más difícil que alimentar a igual número de seres humanos.

El jardín de Nueva York posee un anexo de cinco manzanas destinadas exclusivamente a producir legumbres y otros vegetales para la alimentación de los pensionistas, pero sólo para una parte de ellos alcanzan esos productos. Otros alimentos proceden de las más diversas partes del mundo.

Sería demasiado larga una lista detallada de los alimentos consumidos. Mencionaremos los más importantes: manzanas, bananas, piñones, pasas de uva, naranjas, uvas, duraznos y peras, para roedores, monos y pájaros; sandías para las tortugas. Para los rumiantes: heno, alfalfa, trébol y paja.

Los pelícanos, garzas, focas y nutrias consumen cantidades de pescado vivo y muerto (48.000 libras por año).

Algunos reptiles son alimentados con ranas vivas. También se da ranas a castores, martas y comadrejas.

Casi toda la carne consumida por los carnívoros y algunos pájaros, es carne de caballo, que fué adoptada hace poco tiempo debido al aumento de precio de la carne de vaca. El excesivo costo de algunos alimentos ha obligado a suprimirlos de la dieta de los animales; tal ha ocurrido con los cogollos de lechuga y las papas.

Hay huéspedes que requieren una alimentación más delicada: ciertos pajaritos sólo consumen moscas secas y mosquitos. Otros reciben millares de gusanos de la harina, y semillas de colza y amapola. La generalidad de las aves consume grandes cantidades relativamente, de trigo, huevos de hormiga, hueso molido, granos de kefir, semillas de cáñamo y de césped, arroz y otras semillas.



Un rincón de la despensa del Jardín Zoológico

De pan sólo se consume por año 67.000 libras, principalmente para los elefantes, osos y animales de pezuña. De leche condensada—que se considera más sana que la fresca, pues no entraña peligro de contagio tuberculoso—se gasta 40 cajones por año, y parte de ella mezclada con yema de huevo. 1.300 docenas de huevos se distribuyen anualmente a pájaros, reptiles y otros animales pequeños, como el armadillo, que los consumen mezclados con carne picada.

Los mamíferos requieren grandes cantidades de sal en terrones. Las ratas y otros roedores reciben maní tostado, y las ardillas, nueces.

La avena es el cereal que en mayor cantidad se consume: 10.000 barricas de 35 kilos de capacidad cada una.

A algunos gatos y a ciertos reptiles se proporcionan palomas, chanchitos de la India, ratones y sapos. A los buhos, lechuzas y halcones se les da por año 1.800 ratones y 700 ratas blancas.

Además de las legumbres cultivadas en la chacra, y que no hemos mencionado, se cría en ella más de 2.000 gallinas y enorme número de conejos, ratas y ratones, que van también al Zoológico para alimentar a los pensionistas. Muchos alimentos son preparados en una cocina, semejante a la de un gran hotel por lo bien equipada.

El duelo en Inglaterra y en Rusia

Una extraña coincidencia—comenta el barón A. Heyking, en "The Asiatic Review"— quiso que en la época en que Inglaterra abolía el duelo, Rusia lo entronizara en sus costumbres. La institución del duelo existía en Inglaterra desde hacía muchos siglos y era considerada como un legado de los tiempos del feudalismo. En Rusia se ignoraba hasta entonces ese combate individual; se lo adoptó por simple espíritu de imitación de los métodos occidentales. Acaso no hay país en que exista mayores razones para prohibirlo. A poco de ser adoptado costó a Rusia dos escritores geniales: Pouckine, reconocido como príncipe de los poetas, y Lermontof, su discípulo, autor de escenas espléndidas, muerto en duelo en 1841, a la edad de treinta años.

La prohibición inglesa no sólo está en armonía con los preceptos humanitarios del cristianismo, sino que es también, dice Heyking, una conquista de la civilización sobre la barbarie.

Entre los griegos y los romanos el duelo era completamente desconocido, en razón de que el título de ciudadano prevalecía sobre todas las consideraciones del amor propio, y la ley garantía y protegía por igual a todos los miembros de la ciudad.

Los pueblos anglosajones, ingleses o norteamericanos, aprecian el honor a la manera de los antiguos romanos; tienen confianza en la ley y en la opinión pública para reivindicar las cuestiones de honor y no admiten la intervención personal.

El duelo es en la sociedad moderna como un peligroso órgano rudimentario en el cuerpo humano, un pernicioso anacronismo en el cuerpo político y social. Está en flagrante oposición a todas las leyes de la razón. Ha sido abolido en Inglaterra por el perfeccionamiento de los remedios legales y por un cambio radical en el modo de considerar la ofensa.

Es una suerte que esta calamidad se haya limitado a las clases altas. Entre los proletarios es completamente desconocido.

La destilación de los metales

Auque de momento parezca increíble, la destilación de los metales que, salvo el mercurio y el hidrógeno, se presentan normalmente en estado sólido, es hoy un hecho positivo.

Del hidrógeno no hay que hablar, porque aunque se haya conseguido licuarlo y solidificarlo su estado anormal es gaseoso. El mercurio, líquido a temperatura ordinaria, se solidifica espontáneamente a 40° centigrados bajo cero, volviéndose duro como la piedra: en cambio, en el vacío emite vapores, de los cuales se ha sacado gran partido para la construcción de lámparas de incandescencia eléctrica: de consiguiente, el mercurio es volatilizable, y por tanto apto para la destilación.

En cuanto a los metales sólidos a temperaturas normales, el problema varía por completo. Teóricamente ninguna dificultad se presenta, pero la práctica industrial carecía hasta hoy de un aparato capaz de soportar, sin fundirse, la enorme temperatura de volatilización de algunos metales.

La incógnita se ha despejado, empleando aparatos de cuarzo fundido.

De las experiencias verificadas en Alemania resulta que el zinc comienza a destilar a los 430° centigrados, continuando luego la operación a los 300°. El cadmio destila a los 448°, el selenio a los 380°, el plomo a los 1.160° y el cobre a 1.300°.

Una aleación de oro y plata empieza a destilar a los 1.200°, pero el metal que entonces se recoge es plata pura: el oro no destila hasta los 1.375°.

De lo dicho se infiere la posibilidad de refinar los metales por medio de destilaciones fraccionadas del mismo modo que se rectifican los alcoholes.

LA ENTENTE ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y EL JAPON



Otra trampa alemana que se va al tacho.

El curtido de pieles

El alumbre se emplea para la preparación en blanco de pieles finas, y el agamuzado.

Si se hunde una piel, previamente hinchada, en una solución acuosa de alumbre y de sal marina, la alúmina obra como el tanino, penetra en las fibras de la piel y la impide endurecerse. Si se trata por grasa, la piel así preparada, la grasa la penetra y, por ese procedimiento, se obtiene el más resistente de todos los cueros.

Si el trabajo ha sido conducido con esmero, sin manchar las pieles de animales jóvenes, particularmente de cordero y de cabrito, se obtendrá la piel con que se hacen los guantes caros.



Clausura de la campaña electoral. El mitin del partido socialista



Uno de los carteles "Los gobiernos pasan y la Defensa Agrícola queda!"



Parte de la cabeza de la columna por la Avenida de Mayo.



Otro cartel a cargo del Comité "El Hogar Obrero".

Las proporciones alcanzadas por el mitin con que el partido socialista clausuró su campaña electoral, cuyos resultados no han de conocerse ni parcialmente aún cuando aparezca nuestra presente edición, constituyeron una nueva prueba del afianzamiento que este partido ha alcanzado, a la vuelta de pocos años, en la opinión pública argentina.

Como en ocasiones anteriores, la columna que desfiló fué extensa y nutrida, no permitiendo establecer comparaciones por cuanto la formación no fué todo lo ordenada que hubiera sido de desear, pues cada fila estuvo formada por un número que oscilaba entre diez y veinte manifestantes, que marchaban por la calzada sin conservar una distancia uniforme con las filas vecinas.

Después del recorrido previamente señalado, comprendido entre las plazas del Congreso y San Martín, durante el cual se produjeron diversos incidentes, algunos de importancia, entre los manifestantes y grupos de espectadores, la enorme masa humana se diseminó en las proximidades de las tribunas levantadas en la última de las plazas nombradas para escuchar los discursos de los oradores designados.



Algo sobre los "trusts", gráficamente expresado.



Pictóricamente, no es una perfección, pero... la intención es lo que vale.

Durante todo el trayecto las bandas de música, escalonadas en la columna, hicieron oir himnos y marchas que gran parte de los que formaron en el mitin corearon.

Todos los carteles exhibidos en la manifestación fueron comentados por el público que presenció el desfile, no siendo pocos los que arrancaban vivos aplausos a su paso, por la originalidad de las figuras o por el acierto de las leyendas que los complementaban. Igualmente, hubo aplausos, de continuo repetidos, en los balcones, azoteas y aceras al paso de la columna, que recrudecían a la vista de algunos de los candidatos, que encabezaban cada uno de los centros de la capital.

En uno de los párrafos de su discurso, el doctor Mario Bravo dijo: "Deseo que el pueblo, si se siente satisfecho, ratifique su voluntad, y si reconoce sus errores y siente sus consecuencias, rectifique su pasado".

Los restantes oradores abundaron en consideraciones sobre la política nacional e internacional, analizando bajo diversos aspectos la acción del gobierno actual, que, de más está decirlo, condenaron unánimemente.

Por el número de asistentes, el orden en que se efectuó y el significado, el mitin del partido socialista fué un digno anticipo de la lucha comicial del domingo pasado.

Es realmente halagador para los que aspiramos a que el país ascienda en la democracia de verdad a un nivel superior, poder constatar tan concluyentes pronunciamientos populares, sea a la sombra de esta o de aquella bandera partidista.

Presenciando al pasar de esos millares de ciudadanos, a la par que el ánimo se reconforta, no puede evitarse la comparación del espectáculo de ahora con el que se nos ofrecía pocos años atrás en ocasión de las elecciones metropolitanas.



El anexo finanzas, tratado con bastante sencillez y claridad.

Una tradición sentimental

Era costumbre en la antigua Arcadia, cuando dos personas contraían esponsales, dirigirse a un bosque y allí elegir dos renuevos de árbol que crecieran muy cerca uno de otro. Unían luego a los dos renuevos mediante ligaduras o por injerto, retirando de ambos una tira longitudinal de corteza y uniendo los tiernos troncos en la parte despojada de corteza. Esta unión



de los arbolillos era símbolo de la unión matrimonial. Los renuevos crecían y al fin formaban un solo tronco. Si este era el caso, se le consideraba un buen augurio de la felicidad conyugal; y, por el contrario, el significado era funesto cuando, después de unidos, los árboles volvían a separarse. Recientemente unos excursionistas que visitaban el bosque de Tuckahoe, en el estado de Nueva York, dieron con un árbol constituído por dos troncos que desde pequeños habían crecido juntos. Es el que reproduce la fotografía. Poco después, en una choza de los alrededores, fueron informados por el huésped que ese árbol no era una anomalía de la naturaleza, sino que él mismo había unido los renuevos, el día de sus bodas. Era esta una costumbre tradicional en la familia, originaria del Canadá. El árbol de doble tronco simbolizaba la unión de los esposos.

Así, pues, la antigua tradición arcadiana, reaparecía en medio de una selva de América.

Terrenos magnéticos

Las enormes cantidades de munición de artillería que caen hace tres años en la parte norte de Francia donde se desarrollan las hostilidades, han tenido, entre otras consecuencias, la de transformar en magnéticos a suelos que no lo eran por naturaleza. Toda la superficie del suelo de esa región ha sido removida por la incesante explosión de los obuses. Los fragmentos de los proyectiles han penetrado en el terreno en tan estupenda cantidad, que forman casi una capa de trozos de acero y de hierro fundido. Como es sabido, el hierro y el acero son magnéticos: un fragmento cualquiera de esos metales basta para desviar la aguja de una brújula ordinaria y con mayor motivo la de una brújula de precisión.

Los restos metálicos que cubren los terrenos en que se han desarrollado duelos de artillería durante meses y meses, como en Francia, han hecho completamente imposible el empleo de la brújula en esa región. Actualmente no se puede hacer por esta causa operaciones topográficas rigurosas sirviéndose del meridiano magnético, indicado por la brújula. Hay que emplear el meridiano geográfico que se determina en el terreno mismo mediante observaciones astronómicas.

Por otra parte, esa abundancia de restos de proyectiles han convertido la región en una verdadera mina de hierro a flor de tierra. Después de la guerra, la extracción de todo ese metal, será durante algunos años una fuente de riqueza, que permitirá alimentar a las industrias metalúrgicas francesas con un metal que en todo el mundo será de precio elevadísimo. Ya un grupo de ingenieros estudia los medios de extraer fácilmente del suelo todo ese hierro y acero que sólo necesita ser fundido para ser empleado de nuevo en la industria.

Las cenizas como abono

A medida que se extienda en nuestro país el cultivo hortícola suburbano, que aun realizado en pequeños lotes puede ser encarado como fuente de recursos, se ha de necesitar abonos baratos, uno de los cuales, poco utilizado generalmente, es el de las cenizas provenientes de la combustión de vegetales, sobre todo la leña. En Francia se las recomienda actualmente y se insiste acerca de sus propiedades. Las cenizas vegetales son ricas en potasa. Las cenizas de olmo y de pino son las que contienen gran proporción de esa substancia: de 20 a 25 por ciento las de olmo y cerca de 15 por ciento las de pino. Hay otros vegetales que dan en sus cenizas una cantidad aun mayor: los helechos el 30 por ciento y las retamas más o menos la misma cantidad.

Las mismas cenizas del carbón de leña, que en las casas son arrojadas al cajón de la basura, son en muchas regiones de Europa, recogidas en recipientes separados a objeto de utilizarlas como lejía y luego como abono. Una vez empleadas en la lejía, esas cenizas pierden gran parte de la potasa que contienen, pero todavía les queda ácido fosfórico y cal. Sirven, pues, como abono, empleándolas a razón de 25 a 30 hectolitros por hectárea; en cambio, basta 15 hectolitros si se trata de cenizas puras.

LOS NUEVOS AMOS DE RUSIA



—Quería echarle una reprimenda a Kerenski, pero no puedo encontrar el número de su teléfono... (Tiene el libro al revés).

(De "Mucha", de Moscú).

Los vegetales

Las cebollas, los nabos, el repollo, la coliflor, los berros y el rábano picante contienen azufre. Las papas, sales de potasa. Las habichuelas y lentejas dan hierro. Los berros contienen aceite, yodo, hierro, fosfato y otras sales. Las espinacas, sal de potasio y hierro (los especialistas en alimentos estiman que este es el más precioso de los vegetales). El repollo, la coliflor y las espinacas son beneficiosos para las personas anémicas. Los tomates estimulan la acción saludable del hígado. Los espárragos son provechosos a los riñones. El apio sirve para contrarrestar el reumatismo y la neuralgia y tiene propiedades emenagógicas. La zanahoria forma sangre y embellece el cutis. La remolacha y los nabos purifican la sangre y dan apetito. La lechuga, contra las excitaciones nerviosas. El perejil y la mostaza limpian la sangre y regulan el sistema.

¿Queda usted enterado?





Aprendizaje

(DIALOGOS TELEFONICOS)

El nuevo abonado desea ensayar su aparato telefónico y con la autoridad legítima de un hombre que termina de pagar a la compañía su correspondiente trimestre, amén de otras gabelas y derechos, da vuelta a la manivela, aplica el aparato al oído y espera.

Y espera, el nuevo abonado del teléfono, espera; espera bastante tiempo. Por fin, un tintineo estridente le anuncia que se le atiende. Su oreja derecha se une amorosamente al receptor y su boca se inmoviliza atenta junto a la bocina.)

El abonado.—(Ya un poco fastidiado). ¡Hola!

Una voz femenina.—¡Hola!

Abonado—Deme con la casa Noccrrada.

La voz.—¿Qué número?

Abonado.—¡Ah, sí!... Nueve mil seiscientos noventa y seis, Avenida!

La voz.—¡No existe!

(Un pequeño ruido metálico se oye por el aparato. Otro ruido lejano vago y continuo, como el chisporroteo del fuego de leña, o de lluvia batiendo en un vidrio.)

Abonado. — (Algo más fastidiado). ¡Cómo! ¿Me corta la comunicación?



Un error sin duda. (Hace sonar la campanilla con más fuerza que la primera vez. Una espera un poco más larga que la anterior. Se repite el campanilleo estridente y el "¡Hola!") ¿Y? ¿qué es lo que le pasa? ¿No quiere darme el Avenida nueve mil seiscientos noventa y seis?

La voz.—¡No existe!

Abonado.—(En camino de encolerizarse). ¿Cómo? ¡Caramba!; página 127 de la Guía, línea 18. Lo tengo delante de los ojos!

La voz.—¿Quién le dice lo contrario?

Abonado.—¡Usted!

La voz.—¿Por qué no pide usted el número como debe?

Abonado.—¿Cómo debo?

La voz.—¡Es claro! Detallando los números.

Abonado.—¿De qué manera?

La voz.—Avenida nueve seis nueve seis.

Abonado.—(Montando en cólera). Y por esta tontería...

La voz.—Así que, espero.

Abonado. — ¿Cómo espera? ¿Y yo qué hago?

La voz.—(Con el tono con que se indica a los niños que pidan perdón). ¡Pida el número como es debido!

Abonado.—(Estallando). Pero esto ya es demasiado!

La voz.—¿Es a mí que me dice eso?

Abonado.—¡No; al nuncio apostólico! (Pausa) ¡Y bien! esa comunic... (Nuevo ruido metálico, sonidos confusos. La comunicación ha sido cortada nuevamente). ¡Ah, sí! (Chispeante de ira). Vamos a ver. (Se pone a hacer sonar la campanilla sin interrupción. Un tercer campanilleo y un "¡Hola!" furioso responden al fin). Vaya, hombre (triunfante). Si se creía que iba a burlarse de mí, está bastante equivocada. ¿Sabe?

La voz.—(Muy amable). ¿Has terminado?

Abonado.—(Con la respiración entrecortada por la cólera). Seño... seño... señorita, le prohibo que me tutee. (A media voz). Habrase visto, la granuja.

La voz.—(Indignada y levantando el tono hasta el diapasón supremo). ¡Granuja! ¡Me ha llamado granuja! ¡Faltar así a una mujer! ¡Escorpión! ¡Mal individuo! ¡Murciélago! (Con convicción). Ya se ve que se trata de un mal educado...

Abonado.—(Que tiembla de rabia). Especie de... (¡Crac! La comunicación está cortada! El abonado llama furiosamente. Por fin le responden).

Una voz femenina. — (Muy dulcemente). ¿Qué desea el señor?



Abonado. — (Trémulo de indignación). ¡Ah! no venga ahora a hacer la graciosa.

La voz.—(Con extrañeza). ¿Eh?

Abonado.—Ya sabe muy bien lo que deseo. ¡Mona!

La voz.—(Estupefacta). ¡Oh, señor! ¿Usted sabe con quién está hablando?

Abonado.—¡Por vida del chápiro verde! ¡A una borrica testaruda como un poste!

La voz.—(Furibunda). ¡Señor, hay ataques que la pasión política no justifica jamás!

Abonado.—Pasión política. ¿Qué es lo que está cantando?

La voz. — ¡Que nunca sepa yo su nombre!

Abonado.—(Aullando de ira). ¡Mi nombre! ¿Usted quiere mi nombre? ¿Pretende infundirme miedo? Bien. Yo me llamo Joaquín Delperol, calle Santa Bárbara número 140!

La voz.—¡Ah, esto es demasiado! ¡Ya tendrá usted noticias mías y que no impunemente se trata de esta manera a la esposa de un diputado! (La comunicación se interrumpe violentamente).

Abonado. —(Desconcertado). ¿Eh? ¿Qué? ¿La mujer de un diputado? ¿Es la señora de un diputado a quien he tratado así? (Pausa). ¡Y bien! me lo tengo merecido. ¿Pero cómo habrá sucedido esto? (Llamando). ¡Hola! ¡Hola!

La voz de la empleada.—¡Hola!

Abonado. — (Prudentemente). ¿Con quién tengo el honor de hablar, si no tiene inconveniente, señora?

La voz.—(Satisfecha). A buena hora! Empieza a portarse bien... (Gentil). Señor, soy la empleada que lo atendió hace un rato...



Abonado. — Truenos y... (Conteniéndose). Veamos, señorita, ¿con quién me ha hecho hablar usted?

La voz.—(Ingenuamente). ¡Ah! no lo sé, señor. Como usted estaba encolerizado y yo detesto las violencias, lo comuniqué quién sabe con quién...

Abonado.—¿Quién sabe con quien? ¡Pero eso es una infamia! Usted no tiene derecho a hacer eso con un abonado.

La voz.—(Impaciente). ¡Ah, no; no va a empezar de nuevo, ahora!

Abonado.—(Fuera de sí). Empezar, empezar. Si usted no estuviera tan lejos, yo pondría mi mano sobre su cara ¿sabe usted?

Una voz masculina. — (Iracunda). ¿Su mano sobre mi cara? ¿A mí, el comandante Veneno?

Abonado.—¿Un com... un comandante, ahora?

La voz.—(Tronando en el aparato, que parece pronto a estallar). ¡Vuestro nombre! ¡Vuestro nombre en seguida, tunante!

Abonado. — Pe... pe... perdón, co... co...

La voz. — (Con acento terrible). ¿Coco?

Abonado.—¡Comandante! es un er... es un error de la empleada. Yo, yo le pre... presento todas mis excusas...

La voz.—Yo no quiero vuestras excusas. Necesito las orejas del tunante que me ha amenazado, y las tendré. ¡Vive Dios! ¡Sabré vuestro nombre por la empleada y arreglaremos cuentas!... (La comunicación se corta).

Abonado.—(Rendido). Estoy perdido. (Suplicante). ¡Hola! ¡Hola! ¡Pido humildemente perdón! ¡Olvide todo lo que he dicho!...

La voz de la empleada.—(Dudando). No sé si debo en realidad perdonarlo...

Abonado.—(Saltando en el asiento). ¿Eh? ¡Todavía el otro! ¿Usted cree que voy a humillarme delante de usted? ¡No, eso no; nunca!

La voz—¡No me presentaba usted sus excusas?

Abonado.—¿Excusas, a usted?

La voz. — ¡Yo creía!... (Pausa. Campanilla. Hola, Hola). Aquí hay un comandante Veneno que pide el nombre de la persona que acaba de hablar con él. ¿Creo que es usted, no?

Abonado.—¡Jamás de la vida! ¡No lo conozco! ¡Hola! ¡No corte, señorita! (Esforzándose por aparecer amable). Le encarezco, señorita, se sirva aceptar mis excusas, todas mis excusas.

La voz.—¡Vaya, por fin! Ya sabía yo que usted se volvería gentil como los otros. (Solemne). ¿Jura usted no recomenzar?

Abonado.—(Con una mano extendida ante el teléfono). Lo juro. Y mientras tanto, osaría suplicar a usted se sirviera ser tan amable que me diera el Avenida noventa y seis...

La voz.—(Severa). ¿Y bien?

Abonado.—(Contrito). Perdón, perdón. (Rectificando). El Avenida nueve seis, nueve seis?

La voz.—(Enternecida). ¡Bah! no se les puede rehusar nada! (Amable). Dentro de veinte minutos tendrá usted su comunicación, porque en este instante es justamente la hora en que tomamos nuestro té. ¿Comprende usted?

Abonado.—¡Pero, cómo entonces!

(Y, completamente domado, el nuevo abonado del teléfono toma un libro, se instala cómodamente en su sillón, y se dispone pacientemente a esperar.)

XANROF.

Dib. de Pepín.

Hierro Nuxado Para Crear una Nueva Era de Mujeres Bonitas y Hombres de Acero.

Médicos Famosos Dicen: "En seguida les pone rosas en la cara a las Mujeres, y a los Hombres, les llena las venas del Vigor Juvenil más Asombroso. A menudo aumenta en 200 Por Ciento la Fuerza y la Resistencia de Personas Delicadas, Nerviosas, Quebrantadas, en el término de dos semanas."

DESCUBRIMIENTO PRODIGIOSO QUE MARCA EL ADVENIMIENTO DE UNA NUEVA ERA EN LA CIENCIA MEDICA.



NUEVA YORK, N. Y.—Desde el notable descubrimiento del hierro orgánico, el Hierro Nuxado o "Fer Nuxante" como los franceses lo llaman, ha tomado el país por asalto. Se calcula moderadamente en tres millones el número de los que lo están tomando a diario sólo en este país. Lo mismo de médicos que de particulares afluyen datos con los más asombrosos resultados. Tanto es así que, doctores de reconocida fama predicen a una que estamos en vísperas de una nueva era de mujeres mucho más bonitas y rosadas y de hombres mucho más vigorosos.

El Dr. King, conocido clínico y autor neoyorkino, dijo en el curso de una entrevista sobre el particular: "Sin hierro, no puede haber hombres de vigor férreo. Palidez es sinónimo de anemia. Anemia significa falta de hierro. Los anémicos tienen la piel pálida, la carne fofa, el músculo sin tono, el cerebro fatigado y la memoria frágil, el sistema quebrantado, la condición de ánimo nerviosa, irritable, quejumbrosa, melancólica. Cuando el hierro se aleja de la sangre de la mujer, se le alejan también las rosas de las mejillas.

"En las comidas más generalizadas de América, las féculas, los azúcares, almíbares, dulces, arroces, pan blanco, galletitas de soda, galletas, macarrones, fideos, tapioca, sagú, maicena, harinas degerminadas, ya no se encuentra más hierro. A puro refinamiento, el hierro de la madre tierra ha sido desterrado de estos alimentos empobrecidos, y los estúpidos métodos de la cocina doméstica, echando al sumidero el agua en que nuestros vegetales se preparan, son culpable de otra pérdida de hierro.

"Por lo tanto, si deseáis conservar el espíritu y vigor de la juventud hasta una edad madura, hay que suplir con el uso de hierro en alguna forma orgánica, la deficiencia de hierro en la comida, lo mismo que soléis echarle sal cuando la encontráis sosa."

El Dr. Bourgey, uno de los facultativos más renombrados en París, y que ha estudiado en grandes instituciones médicas europeas, ha dicho: "Como he venido diciendo y repitiendo cien veces, hierro orgánico es el mayor de los fortificantes. Si la gente se dejase de medicinas de patente y de compuestos nauseabundos, y tomase simple hierro nuxado, tengo la convicción de que podrían salvarse millares de vidas que se pierden al año por pulmonía, gripe, tisis, males de los riñones, del hígado, del corazón, etc. La causa real y verdadera que trajo esas enfermedades ha sido, ni más ni menos, la debilidad ocasionada por faltar hierro en la sangre.

No hace mucho se me presentó un individuo que frisaba en el medio siglo, a pedirme le hiciese un registro preliminar para asegurarse la vida. Sorprendióme hallarle con la presión sanguínea de un mancebo de veinte años y un vigor, una energía y una vitalidad propios de un joven; era, en efecto, un joven, a pesar de la edad. El secreto, me dijo, estaba en el hierro, en el Hierro Nuxado que le había renovado la vida. A los treinta años estaba mal de salud; a los cuarenta y seis, atribulado y casi liquidando. Ahora, a los cincuenta, era un prodigio de vitalidad y una cara radiante de juventud. Hierro es absolutamente necesario para que la sangre os permita transformar el alimento en tejido vivo. Sin hierro, por mucho que os hartéis, el alimento os entra por un lado y os sale por otro sin haceros el menor provecho. Como no os presta ninguna energía, os debilitáis, palidecéis y decaéis lo mismo que una planta que trate de crecer en suelo sin suficiente hierro. Si carecéis de robustez y salud, es vuestro deber hacer la prueba siguiente: Ved hasta cuánto podéis trabajar o hasta dónde caminar sin fatigaros. Luego tomad dos pastillas de cinco gramos de hierro nuxado tres veces al día después de las comidas por dos semanas. Entonces volved a la prueba y ved cuánto habéis ganado. He visto personas a docenas, nerviosas, quebrantadas, padeciendo de continuo, duplicar sus fuerzas y resistencia, desterrar hasta el último vestigio de dispepsia, del mal del hígado y cuanto más las aquejaba, con sólo tomar hierro en forma apropiada de diez a catorce días. Y esto, en algunos casos, después de medicarse vanamente por meses. Pero no toméis hierro en las formas anticuadas y reducidas, acetato de hierro, o tintura de hierro con la simple mira de ahorrar unos centavos. No es esa ¡ay! la clase de hierro que la Madre Naturaleza demanda para enrojecer la sangre de sus hijos. Habéis de tomar hierro en forma de poderlo absorber y asimilar fácilmente para que os haga provecho, pues de otro modo resultará peor que inútil. Más de un atleta y de un pugilista han triunfado simplemente por poseer el secreto de las grandes energías y resistencia y haberse llenado la sangre de hierro antes de entrar en lucha; en tanto que muchos otros corrieron a ignominiosas derrotas sin otra razón que la falta de hierro."

El Dr. Schuyler C. Jacques, también de Nueva York, dijo: "Nunca he dado informes ni consejos médicos para publicidad, pues no suelo creer en ellos, pero tratándose del Hierro Nuxado, creería faltar a mi deber guardando silencio. Yo mismo lo he tomado y dádoselo a mis pacientes con resultados de lo más sorprendentes y satisfactorios. Y los que aspiran a un rápido acrecentamiento de energías, vigor y resistencia, hallarán que es un remedio notabilísimo y de maravillosa eficacia."

NOTA.—El Hierro Nuxado, prescrito y recomendado por facultativos como acaba de verse en tan grande variedad de casos, no es medicina de patente ni remedio secreto, sino antes bien, muy conocido entre los droguistas, y cuyos constituyentes de hierro son muy recetados por eminencias médicas tanto de Europa como de América. Al revés de otros productos inorgánicos de hierro, es muy asimilable, no daña ni ennegrece la dentadura, ni descompone el estómago; antes al contrario, es remedio potentísimo en casi todas las formas de indigestión, como también en toda condición nerviosa y debilitada. Tal es la confianza de los fabricantes en el hierro nuxado, que ofrecen donar pesos 100.00 a cualquier institución de caridad, siempre que puedan hacerse cargo de cualquier hombre o mujer menor de 60 años, con sangre deficiente en hierro, y en el término de cuatro semanas no le aumenten las fuerzas en un 200 por ciento, salvo que haya alguna grave afección orgánica. Se despacha en todas las buenas farmacias. **Concesionario:**

L. F. MILANTA, Rivadavia, 1255

Buenos Aires.

El desquite

Bajo el calor pesado de aquella siesta continuaba trabajosamente la esquila. Las ovejas, maniatadas en el gran galpón de quincha, se ahogaban, balando a intervalos un balidito quejumbroso y tristón.

Entre el chirriar acerado de las grandes tijeras cortando la lana, resonaban como un tiroteo, de minuto en minuto, los gritos de los esquiladoress.—"¡Médico!"—gritaba por aquí el que pegaba un tajo:—el curador venía con un tarro de alquitrán y daba unos pincelazos en la herida a la oveja lastimada.—"¡Lata!"—gritaba por allá el que concluía, arrollando el vellón y soltando al animal, que salía azonzado, desnudo, limpito, amarillo como un huevo de avestruz recién largado. Los esquiladores, sin más ropa que la camisa y el chiripá, con pañuelos atados a la cabeza algunos, encorvados sobre las ovejas, no hablaban, sofocados por el calor y la postura violenta. En un costado del galpón se alzó uno de ellos—un paisano de fisonomía dura, barbudo—y soltó un carnero. El esquileo de los carneros valía "dos latas"—dos vintenes.—El paisano gritó:—"¡Carnero, lata!". El encargado llegó y le dió dos latas. Las tomó y guardándose una en el cinto, le dijo a otro—un muchachón flaco que esquilaba a su lado, todo sudoroso, descolorido por el calor:

—¡Tomá tu lata, vos!

Esquilaban a medias. El muchacho se enderezó un poco, agarró la lata y se quedó mirando a su socio.

—Che—le dijo—me andás reculando latas. Dende hoy estás trasquilando carneros y risién me das.... Ya te vide, cuando fiste como a tomar agua, y llevabas cuatro vellones de a dos latas...

El otro lo miró fijamente y contrajo el ceño, de por sí duro, dejando quieta la oveja que había agarrado y puesto patas arriba para continuar la faena.

—¿Qué desís, sarnoso?—preguntó ronco;—¡ya me tenés caliente!

—¡Sarnoso... tu madre!—replicó el joven indio. Y no dijo más. Su socio saltó sobre él, lo cazó del pescuezo, lo tumbó sobre la oveja, blandió la tijera abierta y se la clavó en la espalda, a lo loco. El muchacho se estremeció dos o tres veces, hasta que dió un estirón de piernas y se quedó quieto. Una hoja de la tijera lo había clavado en las vértebras, mientras la otra entró al pecho hiriendo el corazón, que dió un salto supremo y se paró de golpe, partido en dos. La sangre saltó en borbollón y coloreó a la oveja, que quedó apretada por el cuerpo del esquilador muerto, toda convulsa, desnuda a medias de su poncho de lana.

La escena tuvo rapidez de fantasía. Antes de que nadie pudiera darse entera cuenta de ella, el matador saltó, hosco y fiero, ganó el patio, montó en el único caballo que había a esa hora en la "ramada" y tomó el campo resonando los cascos en el galope sobre la tierra seca, embebida de sol.

Era Sandes, el célebre Sandes, el comisario de aquella sección, y estaba en la oficina cuando llegó un tapecito todo afligido—en un petizo maseta que había agarrado entre las escobaduras—con el parte de la muerte. El patrón mandaba decir que el matador era hombre de agallas, y que mandasen buena gente si lo querían agarrar. Sandes, que protesaba odio profundo a los que mataban sin pelear, quiso ir él mismo. Pero el sargento José Difunto se le cuadró:

—Deja, che capitán, si usté queré yo va, mejor...

—Bueno, dí; pero ya sabés no me volvás sin él...

—Ya sé yo... ¡deja nomá! Dame el papel.

Sandes le dió la orden por escrito para prender al criminal y matarlo si se resistía. El sargento Difunto no sabía leer, pero nunca iba a prender a nadie sin la orden, por si acaso. A él le gustaba que se resistiesen, y a más de uno sacó de entre el monte, atravesado sobre el caballo. De resultas de estas aficiones tenía varios ojales en el cuero, que se habían cerrado solos, como las heridas del hacha en el tronco del seibo.

Nunca se supo bien por qué causa lo llamaban con apellido tan fúnebre. Y lo más curioso era que él no lo tomaba a mal; al contrario, solía dibujarse una ancha risa en su boca sesgada cada vez que tenía que nombrarse. Sargento de la policía del valentísimo Sandes cuando éste era capitán y comisario de una sección rural en Paysandú, tenía Difunto, en ese cargo no más, una credencial de su guapeza. Era el brazo derecho de Sandes, y en Paysandú y en Mercedes se han de acordar los viejos de aquel indio cambueta, fortacho, con una cara redonda y lampiña de china vieja, y sin otro vicio notable que el de pelear, vicio que satisfacía a menudo con ocasión del servicio policial, que en aquel tiempo era arriesgado y duro. Era Difunto por naturaleza huraño y callado y por eso tal vez era bozal como un coya. Cuando él no los oía, solían decir los milicos que al sargento se le había endurecido la lengua porque no la sobaba nunca.

Tomó un soldado, y bien montados ambos, se lanzó Difunto a la caza del hombre fugitivo. Dejó el machete—la lata—porque hacía ruido, armándose solamente con su facón, que no le negaba fuego, y con una pistola reyuna que llevaba casi por lujo. Como paso previo enderezó al teatro del suceso, para agarrar el rastro. Cuando llegó, se había reanudado el esquileo; mordían las tijeras como con más ganas de cortar, en un silencio vasto, cargado de conjeturas.

Ladraron los perros y salió un negro viejo, tío Adrián, a espantarlos y a ver quién era. Al divisar al sargento se apuró: "¡Juera, Chicolate! ¡Ya diay, Gaviota! ¡pucha digo con los animales!.... Abajesé don Difunto, abajesé... Allastá en el galpón... ¡ánimas benditas!.... ¡Jué una barbaridá!... ¡Qué barbaridá!... Jué una cosa bárbara, como les dije yo... Venga po acá sargento, allastá el pobre, estirao..."

Cuando llegó el sargento al galpón hubo una suspensión momentánea en el canto chirriante de las tijeras. Algunos esquiladores se dieron vuelta con disimulo, como juzgando inútil que la "autoridá" les viese la cara, y continuaron su faena. En cuanto entró Difunto, un viejo enfardador, que estaba pisando lana dentro de una larga bolsa colgada del techo, se tiró al suelo, y con un aire digno y grave se acercó dando la mano al sargento, el cual creyó tal vez que sería el abuelo del muerto. Era sencillamente el viejo Fantasía. Lo llamaban así en honor a su imaginación, que le hacía hallar historias a propósito para todos los casos. Por lo demás, Fantasía—don Fantasía como le llamaban las chinas—era un buenazo, de estos viejos que se acuerdan de sus tiempos a cada paso y han sido protagonistas o testigos de todo lo notable que ha sucedido en todas partes.

—Vamo a ve—dijo Difunto acercándose al muerto, que estaba todavía echado boca abajo.—Le habían sacado la oveja, nada más, pero conservaba su postura, contraído el cuerpo y abiertos los brazos.—Vamo a ve cómo jué eto....

Algunos, entre ellos misia Silveria, que pasaba con el mate cuando sucedió el hecho, quisieron referirlo; pero el viejo Fantasía no los dejó: los hizo callar con un ademán solemne, y se adelantó él. Contó todo lo que había oído a todos, de lo que resultó una historia larga y tortuosa, llena de contradicciones. Concluyó por pedirle al sargento que le escuchara una palabra aparte. Lo sacó hasta el barril del agua y le dijo con reserva:

—El finaíto cuando cayó —¡que Dios nos libre y guarde!—cayó boca abajo. Lo querían dar güelta, pero yo no los dejé. Ansí el matador no puede dirse.

Difunto lo miró.



—¡Qué! ¿crey que no?... ¿No sabe?...—interpeló el viejo pasmado.

—He oído desí... pero se me hace sonsera.

—¡Cómo sonsera, cristiano! ¡Yo le garanto que no se de va!

—¡No se le va!... ¡poque yo no me duemo en la paja!

El viejo Fantasía sonrió entonces con aire de suprema iniciación, y dijo, poniendo la mano en el hombro del sargento:

—Miiire, compañero: yo no creo en el "malo", pero cuando rejucila me persino; no creo en los "lobisones", pero cuando ando de noche, y oigo roncar algún chancho lejos de las casas, saco el facón y beso la cru. Esto que le digo es la pura verdá... ¡Mire que yo soy más viejo que usté y he visto muchas cosas! Cuando un hombre mata a otro... atiéndamé: si el finao cai boca arriba, el que lo mató se va y no hay polesía que lo agarre; pero si cai boca abajo, no tenga cuidao, que la desgracia lo sigue, y lo engaña, y lo trai al castigo. ¡En mis tiempos tengo visto mucho de esto! Le vi a contar: una ucasión, en una pulpería, allá por los Arapeises, se desgrasió un compañero. El finao era un gringo que se había hecho odiar al ñudo... Ligó una puñalada en la tetilla y cayó pa delante. ¡Pues no había modo de que aquel hombre se mandase mudar! Se iba, lo veíamos dentrar al algarrobal, y a la hora no más golvía, mirando pal lao del muerto:—"No me puedo dir porque he dejao el poncho..." Nosotros apuraos:—"pero, cristiano e Dios, váyase que lo van a agarrar". Se iba, y al rato... ¡sás! ¡otra ves! Cuando en esto un negro viejo, iué, y vido, y dise:

—"¡Pero cómo se va a dir! ¡No ven que el finao está boca abajo! ¡delon güelta!" ¡Y ansí jué! Lo dimos güelta al gringo y el otro no vino más...

—Entonse quere desí que uté pensás que el otro va vení po acá...

—¡Cómo no, cristiano! ¡Es clavao! Mire, oigamé: él tiene rilasión con Martina, la Chúcara que le disen, una que vive allá en aquel ranchito de la cuchilla. El se jué sin ropa y sin plata, y yo le garanto que si lo dejan al finao comostá, esta noche le va a dar la desgrasia por venir a empilcharse y a abrasar a la china.... ¡Si es una cosa siorta!... Mire: una vé... ¡me acuerdo como si juera aura!... un tal Amansio, un domador...

Se disponía a contar otra historia: José Difunto se la cortó sencillamente volviéndole la espalda; pero medio vencido por la elocuencia supersticiosa del viejo, ordenó que no tocasen al cadáver hasta que él volviese. El capataz mandó echar un cuero de potro encima y lo dejaron en paz. Los perros olfateaban la sangre seca y esa noche aullaron hasta la madrugada. Las chinas no pudieron dormir con la impresión, y una soñó que había visto al finado bailando, y que las dos heridas de la espalda se le habían vuelto dos bocas, una de las cuales hablaba, mientras la otra se abría para reirse.

Puesto sobre la pista galopaba Difunto, e iba pensando en la superstición del viejo. Por lo que tenía de sobrenatural, entraba y hacía impresión en la penumbra espesa de su intelecto inculto. Pero asimismo, confiaba todavía más en su buen olfato. Tenía en la sangre y en el hábito esa lucidez exquisita que constituye la ciencia del rastreo y se encarnizaba en una persecución, sin comer ni dormir durante días.

Decidió reservar como un recurso heroico la ayuda de las fuerzas misteriosas, "la ayuda del finao", como se decía él. Resolvió recurrir a ella si acaso se le perdía el matador. Al salir de la estancia se fijó bien en el rancho de la Chúcara para dar con él de noche, si se ofrecía... Aquel recurso extraño y terrible de pedir ayuda al muerto, pensaba él, era como pelear con pistola, cosa que él sólo hacía cuando el enemigo disparaba y no podía alcanzarlo con el facón...

Por de pronto, hizo sus conjeturas: por el rumbo que había tomado el fugitivo, debía ir ganando el norte, como a pasar el Queguay, para seguir la fuga al abrigo de los palmares. El caballo que llevaba no podía darle para muchas leguas, sobre todo, yendo apurado como iba. Se le cansaría por la estancia de Ramírez, allá sobre la costa del Queguay. Esta fué su inducción, y se entregó a seguirla, galopando con su compañero, a través de los campos, de vado en vado, de zanja en zanja, escudriñando las sendas, medio perdidas en los altos pastizales. ¡Por allí había ido el fugitivo; por allí había ido! El indio mordía el barbijo, nervioso, en una ansiosa pasión de dar con el malhechor. Por esta cañada había pasado, por aquel pasito, por este otro barrizal. En una picada, entre el monte, había una ramita de ñapindá recién cortada: debió agarrar la ropa al fugitivo y éste la cortaría por no pararse a soltarla. El rumbo persistía. De fijo iba a mudar caballo en lo de Ramírez...

Y era así. El asesino, después de una huída violenta en que el pobre caballo dió todo lo que podía, llegó a la estancia de Ramírez. Conocía al capataz. Había trabajado allí en marcaciones y esquilas. Todavía en la zafra anterior había ayudado a apartar una tropa. No le negarían caballo, creía, porque en aquellos tiempos no se negaba ningún caballo a ningún hombre apurado...

Llevaba el asesino unos miedos quiméricos de que desconfiasen algo—hasta de que ya lo estuvieran esperando para prenderlo... ¡Oh! ¡pero pelearía! Se aseguraba del facón cuando iba subiendo la extensa cuchilla sobre cuya corona pelada blanqueaba la estancia. Examinaba... no, nada. Todo tranquilo. Ni le ladraron los perros: le salieron tres, sin apuro, como para oler quién era, y sólo una perra baya que mordía sin ladrar, se colgó de la cola del caballo, que, cansado, ni tuvo alma para cocearla. El asesino llegó, saludó aquí y allá y se apeó en la enramada, ya del todo tranquilo. A un peón conocido que le extrañó el traje, le dijo que lo habían pelado al truco en la esquila y que iba a buscar plata a su pago para volver por la buena...

Estaba cansado, con el cuerpo laxo, y después de la huída, del miedo a caer preso que lo espoleaba en los primeros momentos, le vino una reacción de audacia, una confianza, una alegría interna de haber evadido a la policía. Estas reacciones son un fenómeno frecuente, y son ellas casi siempre las que pierden a los asesinos. Aquel extraño cuento de Edgard Poe, en que el asesino de su mujer, después de estar ya salvo, se descubre por un necio alarde de confianza, es de una profunda verdad psicológica. El criminal tan solícitamente rastreado por José Difunto, tuvo este cuarto de hora necio, que el viejo Fantasía hubiera atribuído al hecho de que el finado estaba boca abajo...

No se hallaba en la estancia el capataz, pero llegó al ratito. El asesino lo saludó con desembarazo:

—¡Cómo le va, don Panta! ¡siempre guapo!... ¡pucha!...

El capataz se asombró. Lo hacía lejos del p[illegible].

—¡Vos por aquí, "Abrilojo! ¡qué diablos habrás comido!...

El matador se llamaba Santos Muniz, pero allí le llamaban "Abrilojo", porque en cierta ocasión se agarró al truco con un zonzo a quien ganó hasta las pilchas, y mientras estaba jugando, Muniz, que era como luz para las trampas hábiles, le decía riendo al contrario: "¡Abrí el ojo!" y le sacaba del medio el as de espadas, o flor, o lo que quería. Hizo gracia la cosa y le quedó "Abrilojo".

Muniz repitió al capataz el cuento de su pérdida al juego. Don Panta lo miró de soslayo, sonriendo de su facha.

—¡Mirá que ha de haber sido macho esa jugada! ¡porque pa pelarte a vos!...

Pero si algo desconfió, lo guardó para sí. Había una complicidad tácita entre la paisanada, para encubrir des-

gracias de cierto género. Don Panta estimaba a Muniz porque era un buen peón por día. Trabajaba de sol a sol y era muy callado. Sabía que había sido matrero, y lo tenía por hombre de entraña. Si sospechó la causa de su aparición por allí, no se le ocurrió seguramente que hubiera sido por un asesinato. ¡Capaz de matar, lo creía, pero no a traición. De habe-lo creído le hubiera negado el caballo. Todo lo que era para aquellos hombres simpático el valor que pelea y mata, les era despreciable el ímpetu cobarde que asesina. Don Panta se dirigió a un peón qu' llegaba a caballo:

—Che, Juansito, ¿ya soltaste la tropilla?

—Ya, risién...

—Mirá... echála otra ves, pa que éste mude...

Ya muy tranquilizado, el asesino sintió que tenía seca la boca, y hambre—una contracción nerviosa que le causaba angustias en el estómago. El sol declinaba. y se le ocurrió pensar que con la fresca y con un buen caballo, la fuga iba a ser hasta agradable... Le dijo al capataz que tenía hambre.

—Si esperás un poco... luego no más comemos. Andá yendo pa la cosina, que ha de haber mate. Yo te hago ensillar el caballo.

—Mire... si tuviera alguno nadador, don Panta, por casualidá...

—¡Qué! ¿Andás por agarrar surubís a mano?—preguntó el capataz dando una gran risa, que sacudió todo su cuerpo de campero grandote y bien comido.—Güeno, andá no más... te voy a dar un tordillo cuero negro que es como tararira!... Pero no me lo vayás a jugar, y más, cuando andés mal de la mano, como hoy..

Acababa de entrarse el sol resbalando por un cielo puro, ligeramente cobrizo. Quedaba en el campo una claridad transparente en las cuchillas y opaca en los bajos, donde parece que las sombras se han pasado el día agachadas entre los pajonales, y a esa hora suben temblando a las lomas, como para espiar a ver si el sol se ha ido.

Todavía quedaban los peones comiendo en la cocina, cuando Muniz salió con otro paisano que iba a traer un redomón que tenía a soga en el bajo. Lo estaba enfrenando y lo iba a dejar toda la noche en el corral, con el freno en la boca, porque era porfiado y no quería "agarrar el fierro". Fueron hasta la enramada conversando de esto. Muniz, que tenía fama de buen domador, le decía al otro que había hecho mal en enfrenar al redomón en luna nueva, porque le iba a salir baboso.

—No importa—replicó el peón—como no lo quiero pa pasiar... lo estoy amansando pa trabajar en el campo, y es güeno que sea un poco baboso, porque ansí no se le seca la boca con la calor.

Muniz desmaneó el tordillo, que ya estaba pronto. Era un lindo y altivo animal, corto de lomo y rasgado de abajo,—condición de caballo ligero. Tenía los ojos y el cuero del hocico negros, muy abiertas las fosas nasales y el casco chiquito, alto y redondo como una copa al revés. Con una ojeada de inteligente lo apreció Muniz, y sonrió satisfecho. El peón se despidió y se alejó a buscar su redomón, mientras Muniz revisaba la cincha, como hace todo paisano precavido cuando no ha ensillado él.

El capataz le había dado un sombrero viejo de paja. Se lo arregló poniéndose el barbijo, prendió la manea en el bozal, encendió un negro y montó. Recién echó de ver que los estribos le estaban cortos. Los alargó, de a caballo no más, y luego, sujetando el brío del tordillo, salió de la ramada. Todavía le gritó un "¡hasta otro día!" al peón, que iba ya bajando la cuchilla a buscar su redomón, silbando un estilo. Había atardecido del todo. y sólo eran las cosas visibles para los ojos camperos. Era una tarde prodigiosamente sosegada: ni las vacas mugían, como invadidas por el solemne silencio crepuscular. Cuando Muniz se vió con el campo abierto por delante, y un buen caballo dócil al impulso de su mano, desahogó su pecho y miró altaneramente en torno suyo... pero se quedó sin sangre y le dió un bárbaro tirón del freno al tordillo, viendo por su izquierda, casi encima ya, un jinete con kepis, a todo galope, y otro más atrás.

El asesino sintió la sensación renovada de todo su peligro, y su audacia, su deseo de vivir, lo serenaron de súbito: por un segundo pensó en aflojarle la rienda al tordillo, pero no se animó. Los otros también venían bien montados y le bolearían el caballo. Rápidamente concibió todo su plan. Si el sargento no lo conocía, tal vez le saliera bien; y si no, los pelearía. En su alma de gaucho había un sedimento bravío de rebelión. Sin emoción visible, enderezó su tordillo al sargento Difunto, que era el que llegaba. No lo conocía; menos mal... Si traía las señas, tal vez lo desorientase el sombrero de paja. No pensaba él que su plan era más factible de lo que creía, porque el sargento, contando bien el tiempo, calculaba que el asesino habría salido de allí una hora antes. El sargento sofrenó:

—¡Güenas tardes!

—¡Muy güenas! ¿Qué diablo tan apurao, sargento? ¿Se habrá resertau alguno?

—No—contestó el sargento, acercándose al trote.—No se ha resertau naide... ¿uté es de acá?

—Sí, señor; pión...

—¿Y ha etao hoy aquí?

—Tuito el día... Estuvimos cargando lana, porque ya se acabó la trasquila. Aura voy a buscar la majada fina... ¿No ha encontrao las carretas de lana? Iban pa Paysandú...

El asesino las había encontrado, y suponía que el sargento las habría visto también.

—Sí, las vide... Y digamé: ¿no ha venido naide a pedir un caballo emprestao?

—Vino, sí, señor; pero no le emprestaron porque venía muy redotao. El capatás malisió que hubiera hecho alguna cosa. Traiba el caballo aplastao y lo ató a soga...

—¿Y hase mucho que se jué?

—No debe de haser, porque risién estaba... Hombre. ¡casualmente! mireló: allastá en el bajo arrancando la estaca...

Difunto no escuchó más. ¡Lo agarraba a pie! ¡Qué bolada! Clavó espuelas, y seguido de su soldado galopó al bajo, donde el peón seguía silbando su estilo, dándole todo el sentimiento posible y añadiéndole unas modulaciones de su invención, mientras arrollaba el maneador para hacer cabestrear al potro. Muniz sonrió un momento, y murmurando entre dientes: "¡ya ca... iste, sonso!" cambió a toda prisa de rumbo.—El sargento es rastriador—se dijo—¡me ha olfatiao lindo! Hay que borrarle el rastro... Adivinó que yo iba a rumbiar pal Brasil... ¡Pero de ganoso se va a dir en seco!

Y galopaba rápidamente hacia el Queguay, cuyas costas montuosas verdeaban cerca. Llegó y entró al agua, eligiendo un sitio de la orilla en que había pasto tierno, para que quedase bien visible el rastro. Después, en vez de avanzar hacia el otro lado, agarró por la costa, con el agua a la cincha; bajó unas cinco cuadras y volvió a salir por un pedregal, donde las pisadas del tordillo no dejaron señal ninguna.

Recién tiró el cigarro, porque se veía el fuego.—¡Aura vamo a ver quién es más tero! ¡Andá a olerme el rastro en lagua!—Se afirmó en los estribos y escuchó un momento. No se oía nada más que el sordo murmullo de la corriente y el silbido de una lechuza, que pasaba y repasaba sobre la cabeza del fugitivo.—¡Pájaro hijuna... andá a agüeriar a otro lao!—murmuró molestado amagándole con el arreador. Subió a la cuchilla y retomó el galope; llegó de nuevo a la altura de la estancia y la rodeó sin acercarse, hasta tomar el camino que había traído esa tarde. La estancia estaba en silencio.—A la cuenta ya me van siguiendo el rastro—se dijo:—¡vayan no más!... ¡pucha, que te tengo miedo! Mientre que ellos van pa llá, yo vengo pa cá... ¡Ansina no nos vamos a topar! No aflojés, tordillito... ¡pucha, que es güeno don Panta: mi ha dao un fletaso!... Me despido de la china y me saco estas cascarrias... ¡qué gracioso! ¡qué le habrá hecho aquel sonso al pobre pión!

El zonzo lo había atado, al peón. En cuanto se acercaron el soldado le apuntó la tercerola, y el sargento le gritó:

—¡Dese a peso!

El peón cortó el estilito que con tanto primor silbaba, y pegó una espantada.

—¡Echate, maula!—intimó Difunto con su voz gangosa, que resultaba hueca y sonora en la tranquila tarde.—¡Echate o te va a vé conmigo!

—¡Pero aguardesé, mi sargento! ¿Por qué rasón?

Quieras que no, se echó, y lo amarraron—lo amarró el mismo Difunto, que era catedrático.—Protestaba el pobre peón, se enfurecía, llamaba traicioneros y mal paridos a los policías... ¡Nada! ¡marche! Le pegaron unos empujones para amansarlo, haciéndolo rodar por el suelo como un tercio de yerba. El preso, blanco de rabia, les gritaba que lo soltasen un poco, con eso veían quién era él!... Entonces se puso grave José Difunto. Sacó del cinto la orden del comisario, y mientras el soldado empujaba al peón, Difunto, de a caballo, le mostraba el papel diciéndole persuasivamente:

—¡Miá pa cá, tape! ¡miá pa cá! ¡no siás popasao!... ¡No e yo quien te jore: ete papelito e que te jore a vo!... Aquí tá la oden pa pendete... ¡Y no te metá a malo, poque



ya te dije que te va a tené que ve conmigo!...

Lo llevaron a la estancia. Ya habían visto la cosa desde allá, y estaban alborotados. El peón preso era un muchacho criado allí, hijo de una china vieja que había venido al país con Rivera. Todos lo querían y se habían prometido no dejarlo llevar. Como hasta diez hombres, con el capataz a la cabeza, iban saliendo resueltos a rescatar a su compañero. El capataz se adelantó:

—¡Pero, amigo sargento! ¿por qué ha atau a ese hombre?

—¡Poque mató a taisión a oto, allá en la tansia de los Rodrigue! ¡y acá ta la orden!

—¿Pero, cuándo jué, sargento?

—¡Cómo cuándo jué! ¡Hoy mimo.

Hubo una carcajada. El capataz comprendió.

—¡Pero, amigaso! ¡si no puede ser! ¡Si ese hombre no ha salido de las casas harán quinse días! ¡El que ha hecho la muerte deberá de ser Santos Muniz, que vino todo redotao a pedirme un caballo, disiendo que lo habían pelao al truco!

—¡Sí! ¡a mí me la vas a contá uté! ¡queré desí que este no será Muní!

—¡Qué va a ser Muniz, cristiano, si Muniz es un paisano grandote y barbao que estuvo ahorita hablando con usté! ¡Uno de sombrero de paja, en un tordillo! ¡Lo han fumau feo, dispense que le diga! ¡Ha estau hablando con el individuo y se le va a afirmar al otro pobre!

Los peones, como ensayados a coro, soltaron la risa, maravillados y felices con el chasco del milico.—¡Pucha el paisano diablo! ¡Lo había fumau lindo!—No ocultaban la satisfacción que les causaba aquello.

Difunto comprendió al fin, y trémulo de rabia hizo una atropellada, como con ímpetu de pelearse con todos los peones que, sorprendidos, se desparramaron, echando mano algunos a sus cuchillos. El sargento volvió riendas, gritando furioso al soldado:

—¡Montá!

—Voy a desatar a este...

—¡Dejalo! ¡Que lo desaten si quieren! ¡Vamo!

Y se alejaron a todo galope, bajo la silbatina y el palmoteo regocijado de la paisanada.

Difunto sujetó un poco, en el bajo. Su enojo no lo ofuscaba. Se confesó ingenuamente que lo habían boleado. Y en aquella obscuridad, y en aquel silencio misterioso de la noche pesando sobre el silencio del campo adormecido—entre aquellos dos grandes silencios—Difunto se sintió vencido. Una impotencia supersticiosa dominó su alma ignorante y bravía, y con un gran suspiro exclamó, como convenciéndose a sí mismo:

—¡Ta güeno!... ya veo que yo no pude... vamo a ve si e verdá que me va a ayudá el finau...

Se persignó, y sin buscar rastro, renunciando a su vieja destreza de perseguidor, lanzó furiosamente su caballo por el camino que había traído esa tarde.

El soldado, que había oído con asombro las palabras enigmáticas del sargento, se le apareó y le preguntó:

—¡Dispense, mi sargento! ¿Pa ande vamos?

No contestó sino castigando su caballo, metido en su habitual silencio concentrado. Pero tal vez se arrepintió, tal vez tenía necesidad de una ruda confidencia para justificar, si era posible, aquella renuncia de su reconocido olfato de rastreador, porque sin dejar de hostigar al animal, que galopaba saltando las masiegas, dijo sordamente el indio bozal:

—No tas viendo que ahora e el finau el que lo va a agarrá a ese... Tamién... ¡me va a pagá la fumada, si cai! Vamo a lo de la china Chuca...

Y en la calma estrellada de la noche, los dos hombres siguieron su galope, sobre la huella reciente del tordillo cuero negro. en el que Muniz, ciego y soberbio, iba arrastrado por su destino.

Martina era una china linda, tostada de color, ardiente de ojos, muelle en el caminar. Tenía una melena en rebelión, crespa, y flotante en su espalda como la crin de una potranca nueva. La solía atar con una cinta colorada, y quedaba así de una seducción penetrante y acre, que ella rectificaba con su carácter de macho. Había nacido en un campamento, caída en una noche de frío y curtida después de la dureza de su niñez errante. Se había formado fuerte, y odiaba a los hombres. recordando tal vez, ya mujer, brutalidades sufridas cuando jovencita. Por eso le habían puesto "Chúcara". Su cariño por Muniz venía de tiempo atrás. Muniz había "sacado la cara" por ella en una hora comprometida y la había alzado en ancas. Desde entonces sus vidas quedaron ligadas. Ella solía quedarse temporadas sola, cuando él iba a esquilar, a ganar para la vida. Muniz no se conchababa nunca sino por días: traía la plata aumentada por sus ganancias al juego, y se pasaban un mes ociosos, queriéndose, uniéndose en abrazos largos, sintiendo que la vida era una enemiga para ellos fuera de aquel rancho de techo de paja, rodeado de enredaderas que él había traído del monte vecino, y en cuyo mojinete anidaba un casal de horneros, que solían venir a buscar barrito al lado del barril, sin miedo a la china. Ella se sentía acompañada por aquellas avecitas trabajadoras, los días en que "el hombre" andaba ausente, trabajando por la vida.

Hacía mucho que se había acostado la Chúcara. Por no gastar vela, se recogía temprano, soltando a "Tacombú", su guardia brava, un gran perro lobuno, de orejas tiesas, que adoraba a la china y le velaba el sueño.

De pronto despertó sobresaltada. Un caballo llegaba al galope, tomaba el trote, el tranco, y se detenía delante del rancho. Pero el perro no ladraba... ¿sería?...

—¡Abrí, china, soy yo!

Abrió, sorprendida y gozosa. El tordillo asombrándose de la puerta negra, de los rumores de la noche, marchó algunos pasos, quiso irse, pero se pisó una rienda y quedó parado, mientras su jinete, seguido de "Tacombú", que se deshacía en fiestas, alzaba en sus brazos a la china desnuda y la volvía al catre de guascas. Se sentaron en la cama, a obscuras. Ella le sintió el tufo desagradable del vellón.

—¡Qué olor a oveja tenés! ¿Qué tenés?

Muniz la abrazaba fuertemente:

—Nada tengo, china... vine a verte no más... voy a tener que dirme...

Ella, sobresaltada, con la sensación de algo siniestro, quiso insistir; pero él le tapó la boca:

—¡Cállate!

Había percibido, con su oreja avezada de campero, una vibración sorda en el suelo—galope de caballo sin duda. El perro, entretenido en sus fiestas, no había sentido nada. Pero al hacerse el silencio, oyó también el rumor que se acercaba y se lanzó afuera, ladrando. Por el ruido de los cascos comprendió Muniz que eran dos los jinetes; vió por las grietas del rancho dibujarse y crecer sus bultos en la sombra, llegando rápidamente, y se levantó del catre:

—No te asustés, china; los voy a peliar... ise una muerte y vienen a llevarme... ¡pero son muy sarnosos!

La Chúcara, sin decir una palabra, lo besó en la boca y se deslizó a un rincón. Muniz se apretó la faja y desenvainó su puñal, corto y fuerte, como para aguantar quites y desjarretar toros. Agarró una cobija de la cama, la arrolló al brazo izquierdo, y así prevenido se puso junto a la puerta. Martina, armada con su cuchilla de cortar carne, se perfiló al otro lado, resaltante, blanqueando su camisa confusamente y con lucecitas felinas en los ojos, espiando la entrada.

Difunto y el soldado habían echado pie a tierra. El perro los cargaba con furia. Difunto, que traía también el poncho arrollado al brazo izquierdo, lo presentó al animal, que hizo presa impetuosamente, alzándose de manos, mientras Difunto, afirmándose para aguantar la embestida, lo abrió de una puñalada.

El soldado iba medio quedándose... Avanzaban agachados, para divisar los objetos. La noche era de una obscuridad estrellada. Difunto le pegó un rebencazo al tordillo de Muniz, que salió al trote, pisándose las riendas.

—Sargento, mire que está esperando adentro, y es medio peligroso... Está en lo escuro y nos va a aguaitar...

—Demasiau sé yo...

Difunto avanzaba despacio, mirando a su alrededor, sondeaba la obscuridad, buscando algo. De pronto tropezó con una batea de seibo, larga de una vara, de esas que hay en todos los ranchos y que Muniz le había hecho a la china para el aseo doméstico. Difunto le volcó el agua y se la colocó sobre el pecho, como un escudo, atragantándose con la risa que le causaba su diabólica idea. Cubierto con aquella coraza, liviana como corcho, y casi impenetrable al acero por lo fofo de la madera, Difunto atropelló a la puerta riéndose, con el facón en parada de primera para guardar la cabeza. Muniz se afirmó en los pies al verlo atropellar, y gritando: "¡Dios te asista!" le descargó la puñalada con todo el brío del brazo. Pero el arma se hundió en la batea, y con la áspera carcajada de Difunto sonó el golpe sordo de su facón sobre el sombrero de paja del asesino, que cayó redondo con la cabeza partida en dos.

No asustada, sino pasmada, enloquecida, sin comprender, Martina saltó afuera, a punto que llegaba el soldado, sin mucha prisa, estirando el pescuezo. Al ver a la china dió una reculada, y la Chúcara entonces, sintiendo el cuchillo en la mano, y en el pecho su bravura montés, saltó y le pegó un tajo en la cara.

—¡Ah, grandísima yegua! ¡me has cortau!—aulló el indio—y ciego, revoleó la tercerola y volteó de un culatazo a la valiente china, que cayó atravesada ante la puerta del rancho, desnuda, erizada su crencha de rulos como un manojo de viboritas negras.

José Difunto, que salía riéndose aun, con la batea ensartada en el puñal de Muniz, saltó por sobre la Chúcara y murmuró satisfecho:

—¡Juna gran siete... él me bolió... pero yo tamién!

Manuel BERNARDEZ.

Dib. de Macaya.

Exteriorización de fuerzas radicales



La cabeza de la manifestación radical, presidida por los señores Pío Zaldúa, Rogelio Araya y otros candidatos a diputados presentados por el partido, a su paso por la Avenida de Mayo, en la noche del viernes de la semana anterior.

A la manifestación que el jueves de la semana pasada llevara a cabo el partido socialista, se siguió, en la noche del viernes último, la exhibición de afiliados que los radicales opusieron a su más temible adversario, acto con el cual quedó terminada la intensa propaganda política que todos los partidos han venido desarrollando con motivo de las presentes elecciones.

Designada la plaza del Congreso para la concentración, desde las nueve de la noche empezaron a llegar los manifestantes que se apresuraban a tomar sitio, guardando el orden que correspondía a sus respectivas circunscripciones, mientras una gran cantidad de público afluyó a las inmediaciones deseoso de presenciar la formación de la columna. Cuando a las 11 p. m. llegaron los últimos afiliados, se puso en movimiento la masa de manifestantes, precedidos de una banda de música. La columna inició la marcha por la avenida de Mayo, en cuyas aceras y balcones presenció su paso una enorme muchedumbre, que aplaudía a trechos, mientras numerosas bandas de música, diseminadas a lo largo de la manifestación, atronaban el espacio con un formidable programa filarmónico.

La columna, que fué organizada por el comisario general, señor Adolfo Calvete, siguió por la avenida de Mayo, dobló por la calle Piedras, continuó por la de Esmeralda y se dirigió a la de Santa Fe, a cuyo punto, señalado como terminal, comenzaron a llegar las primeras filas de manifestantes a las 12 y 20 a. m., debido a la lentitud con que se efectuó el recorrido.



Escuadrón formado por unos trescientos jinetes afiliados al comité de Vélez Sársfield, luciendo la clásica boina blanca, emblema del radicalismo, que formó parte de la manifestación.

Entre grandes salvas de aplausos, los oradores designados de antemano, ocuparon las tribunas dispuestas en las inmediaciones de la plaza San Martín. Dirigieron la palabra al público los candidatos a diputados señores Tamborini, Araya, Ferreyra (hijo), Becú y Fernández, cuyos discursos fueron ovacionados por la concurrencia, y a las dos de la madrugada, próximamente, se disolvió el mitin en medio del mayor orden.

Durante el recorrido de la manifestación no dejaron de registrarse algunos incidentes inevitables, que, por fortuna, no tuvieron mayores consecuencias.

Tanto la manifestación socialista como la radical, han puesto de manifiesto la existencia de dos grandes entidades cívicas cuyos elementos se aprestan a reñir, en la liza de un sufragio libre, una de las más emocionantes luchas electorales de nuestra vida política.

El espectáculo es digno de una gran democracia, y constituiría ante el mundo un hermoso exponente de nuestras virtudes ciudadanas, si los adversarios pusieran especial empeño en dignificar las jornadas, desterrando para siempre la realización de actos que repudian la civilización y la nobleza, y que sólo sirven para empañar el prestigio alcanzado por nuestra grandeza cívica.



Un aspecto del desfile de los manifestantes por la Avenida de Mayo.

Nuestra recorrida por comités y colegios electorales



El candidato a diputado del Partido Radical, doctor José P. Tamborini, acompañado de varios correligionarios políticos, en la puerta del colegio electoral situado en la calle Moldes 1859.

Las elecciones de diputados nacionales realizadas el domingo último en la capital federal, se han caracterizado por el completo orden que reinó en los comicios durante el transcurso del mencionado acto, circunstancia que es grato hacer constar, por la evolución progresista que ella representa en el desarrollo de nuestra cultura cívica.

Pasaron ya, por suerte para la civilización argentina, los tiempos en que cada atrio semejábasea una barricada, donde el ímpetu temerario de las pasiones partidistas, decidía el triunfo de los bandos en lucha, dejando la nota sangrienta como bárbaro epílogo de la controversia política.

Aunque ha sido particularmente intensa y activa la propaganda desplegada por los diversos partidos, durante varias semanas antes de la fecha señalada para la elección, los ánimos han permanecido serenos, imponiéndose un temperamento de sensatez y cordura que ha hecho deslizar la función comicial en un marcado ambiente de tranquilidad y sosiego, al extremo de pasar casi desapercibida por la ausencia de agitación y movimiento con que otras veces se ha caracterizado ruidosamente.



El señor Pío Zaldua, presidente del comité radical de la capital, recibiendo informaciones telefónicas, y el candidato a diputado señor Andrés Ferreyra (hijo), trasmitiendo instrucciones.



Los doctores Alfredo L. Palacios y Carlos N. Caminos, candidatos a diputados, sostenidos por el Partido Socialista Argentino, cambiando impresiones sobre la marcha de la lucha electoral.

La policía, felizmente, no ha tenido necesidad de intervenir, y salvo ligeras divergencias de apreciaciones, sin mayor alcance, por parte de algunos fiscales, incidencias las más mínimas que podían ocurrir en un acto político de la importancia del que se trata, las elecciones habidas el domingo, se nos ofrecen como un verdadero modelo de corrección cívica y de cultura social, que habla muy alto en favor del progreso institucional de la República Argentina.

La expectación pública ha crecido extraordinariamente, pues aunque ya se ha realizado la función principal del acto cívico, queda por despejar la incógnita que encierran las urnas, de cuyo resultado puede decirse que está pendiente la atención del país entero.

La falta de asistencia de tres presidentes, hizo que otras tantas mesas no se constituyeran y que, por tanto, dejaran de funcionar; en consecuencia se hace necesario, según dispone la ley, convocar nuevos comicios en los respectivos colegios. Esta circunstancia retardará en dos semanas más la iniciación del escrutinio general, que no puede dar comienzo hasta que no se realice la elección complementaria de dichas mesas, y es de suponer que el interés público llegará a su máximum de intensidad con esta espera forzosa, que viene a avivar la impaciencia por conocer el desenlace de la jornada.

Aunque todas las agrupaciones políticas que bajaron a la liza lo hicieron con entusiasmo y con brío, puede decirse que el verdadero duelo se ha librado entre radicales y socialistas, esto es, las dos grandes fuerzas antagónicas que hoy actúan en nuestro escenario político y cuyo poder ha sido recientemente exteriorizado en las últimas manifestaciones públicas, donde ambos partidos exhibieron, bajo un pie de perfecta organización, los nutridos elementos de que disponen.

En nuestro recorrido por los comités, donde pudimos obtener algunas impresiones de las personas dirigentes, observamos que, aunque los radicales daban como asunto descontado el triunfo de sus candidatos, era todavía más optimista el espíritu que reinaba en las filas socialistas, cuyos afiliados fundaban sus cálculos en datos bastante sugestivos, relacionando la concurrencia de correligionarios a los comités, en demanda de boletas, informaciones, etcétera, durante las presentes elecciones, con la que se notara en otras épocas comiciales.

El partido Socialista Argentino, que propicia la lista de candidatos encabezada por el doctor Alfredo L. Palacios, también ha trabajado con tesón y abriga no pocas esperanzas de éxito, especialmente por lo que respecta a dicho ex diputado, pues el gran aporte que han de llevarle los sufragios de los comités independientes que sostuvieron su candidatura, le coloca en situación ventajosa para obtener el triunfo.



Cámara de desinfección a cemento armado, con puerta de fierro remachada (por las dudas), que fué utilizada como cuarto obscuro en la sección 12, circuito 104, mesa 4, del colegio establecido en la calle Ingeniero Huergo y Carlos Calvo. Un elector, perfectamente desinfectado, disponiéndose a llevar el sobre a la urna.



La señora Juana María Begino, "leader" del [illegible] Socialista Femenino, en unión de otras afiliadas, visitando el subcomité socialista "La [illegible]", de la Boca, durante la jira de propaganda que efectuaron [illegible] sección cuarta.



El señor Juan M. Picabea, que dirigió [illegible] del Partido Demócrata Progresista, constituído en el comité central del mismo, [illegible] 614, impartiendo instrucciones a los correligionarios políticos.



El candidato a diputado presentado por el Partido Unitario, señor Vicente J. Reisse, bajo cuya dirección corrió la elección, en cónclave de afiliados, durante los momentos álgidos de la lucha.

Con igual carácter se ha destacado en la lucha la actuación del partido Demócrata Progresista, donde también reinan buenas impresiones acerca de la posibilidad de un resultado favorable en la contienda electoral, debido principalmente a la llamativa circunstancia de que numerosos electores no afiliados al partido, han afluído al comité solicitando boletas e informes para emitir el voto, lo cual es conceptuado como un indicio halagador que demuestra la actitud asumida por una parte del electorado independiente, cuya influencia, según opinan, se hará sentir necesariamente en los cómputos totales.

Los adherentes al partido Unitario, no obstante la actual inferioridad numérica de sus elementos que le aleja de la victoria, se han hecho notar por la tenacidad y empeño que han puesto al servicio de sus ideales políticos, batiéndose con fe de iluminados, no precisamente por alcanzar el triunfo inmediato, sino por dar un paso más en la senda que a él conduce. Ya dijeron en una proclama: "No nos apuramos", y así es, en efecto, pues avanzan despacio, pero continuamente, de manera que, aunque sea poco o poco, son capaces con su estoicismo de llegar algún día a la meta.

De cualquier modo esperan obtener en el próximo escrutinio una cantidad de votos a su favor muy superior a la que arrojaran los anteriores comicios realizados en la capital.



Garita del guardián de la Plaza Solís, convertida en "cuarto obscuro" para uso de los electores de la sección cuarta, circuito 22, mesa 16.—Uno que sale del confesionario y se dirige a purgar sus pecados.



El secretario general del Partido Socialista, doctor Antonio de Tomaso, que dirigió la elección, trasmitiendo órdenes al jefe del servicio de motocicletas, señor Amadeo H. Canale, en el comité ejecutivo del partido.

En cuanto al acto electoral en sí, cabe un voto de censura al criterio organizador del mismo, en la parte que se refiore al suministro de elementos a los colegios electorales, para su perfecto funcionamiento. Los sellos distribuídos, más que de goma, parecían de piedra por la dureza del material con que estaban hechos, al extremo de resultar inservibles para el uso a que se les destinara; los útiles de escritorio faltaron en muchos colegios, y donde había lapiceras, los tinteros no contenían tinta, o aquéllas carecían de plumas, amén de una marcada escasez de boletas de candidatos, en no pocos de los cuartos obscuros, y hasta la ausencia parcial o total de ellas, en algunos recintos. Como se comprende, son deficiencias fácilmente subsanables todas ellas con un poco de previsión, y es de extrañar tal abandono, pues a pesar de su aparente insignificancia, el asunto ha causado no pocos incidentes y entorpecimientos, perjudicando el buen funcionamiento del comicio, en algunos colegios.

Por lo demás, queda pendiente en los labios de todos una pregunta: ¿a quién corresponderá el triunfo?

Desde luego, él debe tocar a uno de los dos grandes partidos rivales, el radical o el socialista. Este posee la ventaja de una excelente organización, y su campaña electoral ha sido dirigida con acierto y secundada con eficacia, pero cuenta con el factor adverso de las escisiones producidas en su seno. Los radicales, a su vez, tienen la superabundancia de afiliados, pero, seguramente, otras agrupaciones políticas enemigas sumarán parte de sus sufragios a los de los socialistas, como un medio para combatirle. La elección, pues, se considera como una de las más reñidas y solamente la Sibila de Cumas sería capaz de predecir su resultado.



Grupo de afiliados al Partido Socialista, estacionados frente al comité de la sección cuarta, situado en la calle Del Crucero, en la Boca.



Una sección de automóviles y chatas del servicio de Correos, formada [illegible] de la calle Santiago del Estero, encargada de recoger en los colegios las urnas electorales [illegible] edificio del Congreso.



En el comité central de la Unión Cívica Radical, calle Suipacha 156.—El presidente del mismo, señor Pío Zaldúa, y demás personal que le secundó en la tarea, atendiendo a los correligionarios que llegaban en demanda de datos informativos.

Propaganda celestial

Radicales y socialistas coincidieron en una rama de la propaganda intensa y extensa que sostuvieron en los preparativos de la lucha comicial del domingo pasado.

Ambos recurrieron a la propaganda celestial. Unos, los socialistas, por medio de un aeroplano que llevó hasta las regiones etéreas el credo de sus convicciones; los otros, los radicales, no abandonaron este valle de lágrimas, pero no por eso se remontaron menos alto. El padre Román, capellán del bajo Belgrano, auspició algunas conferencias "para hombres solamente", en las cuales el ministro de Cristo de lo que menos habló fué de éste, pues se refirió exclusivamente a la política. Como las conferencias eran apologéticas, según reza la invitación que reproducimos con autorización del señor Troncoso—cuyo color partidista es más rojo que los pimientos morrones,—en ellas el pastor de almas hizo la apología de un partido político que no fué el que en su plataforma electoral propicia la ley del divorcio.



El piloto don Celestino Corbellini, en su biplano Farman, en que hizo un vuelo de propaganda socialista sobre la ciudad, el jueves pasado, con el señor Antonio Mantecón, secretario del centro de la sección 12.ª, en calidad de pasajero.

Belgrano Febrero de 1918

Sr. Agapito Troncoso

Presente

Muy señor mío:

Conociendo sus elevados dotes intelectuales, y la nobleza de sentimientos que le animan, en nombre de los Centros de Estudios y Acción Social Católica "Dalmacio Velez Sarsfield" y "Garcia Moreno" así como en el carácter mío propio de Cura Rector de esta Parroquia de Bajo Belgrano, me hago el alto honor de anunciar a Vd las Conferencias que, **para hombres solamente** *y sobre asuntos Apologéticos, dará el Pbro. Dr Alberto F de Landa en la Iglesia Parroquial de Nuestra Señora de las Mercedes (Echeverria 1395)*

Estas conferencias instructivas a las que de un modo especial me permito invitarle tendrán lugar todos los dias, desde el 24 de Febrero hasta el 2 de Marzo ambos inclusive, a las 8 45 p. m.

No dudando que Vd nos honrara con su presencia y que aportara el contingente de sus amigos a estos actos le agradece profundamente y de antemano el concurso que de Vd solicita

S S y Capellán

P. ROMÁN.

Tarjeta-invitación repartida por el cura párroco del bajo Belgrano para "conferencias apologéticas", que resultaron simples apologías del partido Radical.

La muerte del señor Vicente de Tomaso



Don Vicente de Tomaso, primo del diputado del mismo apellido.

Si no por otras consecuencias, la campaña electoral que termina recién se ha de señalar por un suceso luctuoso, la muerte del afiliado socialista don Vicente de Tomaso, ocurrida en la forma que la crónica diaria ha detallado.

El juez doctor de Oro se ha encargado del proceso correspondiente y se confía en que se haga justicia enérgica y rápidamente para ejemplo de esos elementos maleantes que tienen cabida en nuestra política actual, gracias al criterio muy especial que existe todavía, que permite, y procura a veces, su inclusión funesta casi siempre e inevitablemente perjudicial.

Mientras se admitan en las luchas partidistas esos sujetos que necesitan matar para satisfacer los odios suscitados en la controversia política, no podremos pretender que la democracia argentina llegue a ser incipiente, siquiera, como se le llama cada vez que se le cita. Como lo demuestra nuestro grabado, el sepelio del señor de Tomaso reunió a varios centenares de personas.





Parte del cortejo fúnebre que acompañó a pie al extinto hasta el cementerio de la Chacarita.—Escuchando el discurso de la señora Juana María Begino. — En círculo: la capilla ardiente levantada en el local del centro socialista "Paz y Trabajo".

Cartas amarillentas

¡El primer cumpleaños sin flores! Una sola carta de Teresa Hankmann, más impregnada de sus propios recuerdos dolorosos que de afecto por la amiga. Un hálito otoñal salió de ella. Bien conocía Cornelia ese hálito desde hacía algún tiempo...

La carta decía: ''Henos las dos en los cuarenta años, tú todavía soltera y yo anciana ya''.

¡Antaño cuántas esperanzas secretas al acercarse ese día del cumpleaños que los suyos ya ni advierten! Quedan aún algunos amigos fieles, pero ya no vienen, por delicadeza: a ninguna mujer le agrada celebrar sus cuarenta años.

Cuando era pequeña había recibido trabajos manuales y bombones. Luego, a los diez y siete años, flores, un libro lindamente encuadernado y una poesía apasionada oculta en un ramo de rosas obscuras, enviado por Reinhardt.

Después, siempre flores, muchas flores, hasta el día en que cumplió los veinticinco años, en que el doctor Sigrist envió un arbusto de lilas y un medallón de oro; Alfredo Deininger, rosas y la magnífica imagen que estaba todavía allí, colgada sobre su mesita de escribir, y Eric, su primo, un jarrón de ónix.

Cornelia brillaba entonces en toda la plenitud de su belleza. Por mucho tiempo todavía hubo flores, pequeños objetos de arte y cada vez más cartas. Y de pronto, empezaron los aniversarios dolorosos: el hijo de su hermana menor trajo una casita pintada por él; luego vino Betty con una labor de crochet.

Al cumplir los treinta y siete, un coronel retirado que a toda costa quería casarse con ella, envió un canario y flores. Las flores procedían de un negocio cualquiera. El canario murió; el coronel también. Cornelia podría ser viuda, como Teresa.

Hoy Federico la saludó por intermedio de su hermana. Tenía diez y ocho años y sin duda cosas más interesantes que hacer que visitar a su vieja tía.

Cornelia se puso de pie y se dirigió a su cuarto.

¿Qué era de Breunig? ¡Hacía tanto tiempo que no daba señales de vida! ¡También hay tantas muchachas que no se hacen rogar y no llevan, a través de la vida, una carga superflua de altivez! Se sentó junto a la mesita y abrió uno de los cajones para guardar con las demás cartas la de Teresa, la única que había recibido. El año pasado había por lo menos, otra de Breunig...

En el cajón las cartas se apretaban demasiado. ''Todo estaba lleno'', pensó Cornelia amargamente. Un montón de papeles, unos de color rosa, otros azulados, la mayor parte blancos—nada animado de vida. ''Todas mis cartas juntas''.

Aspiró el perfume extraño que de las cartas se desprendía, pensando: ''El resultado de mi vida''.

Largo rato contempló el cajón abierto. Pudo decirse al fin, con una implacable lucidez, que su existencia había sido vana:

—¡Ha sido por mi culpa! ¿Acaso no hablaba mi corazón? Ahora todavía.... ¡Breunig! ¡El miedo hizo todo! Miedo de faltar a lo que llaman corrección; el mismo miedo burgués que domina a mi padre. ¿Qué es mi altivez sino la angustia cómica de mi padre por su dignidad ante los hombres?

¡Oh! ¡sí, ella había sido correcta! No tanto como su padre lo creía, quizás, pero en todo caso, lo bastante para destruir su vida.

Sacó un paquetito del cajón. Una escritura de grandes trazos violentos, decía: ''Mi Siglinda. Desde ayer sé que eres tú la única mujer a quien debo dar mi vida. Mi amor es eterno como el mundo y la belleza y debes aceptarlo. Después de largo tormento he comprendido al fin que eres tú la redentora. Si tus sentimientos responden a los míos, nada podrá separarnos. Noche y día trabajaré para tí y tú serás mía en todo tu esplendor. ¡oh, mujer!''

Cornelia no dió vuelta la hoja. Recordaba los besos furtivos en los corredores y los primeros estremecimientos de la mujer en ella. Tenía diez y siete años y él veinte. Una vez fué ella a su casa, temblando de emoción. Reinhardt se arrojó hacia ella con violencia y Cornelia huyó, presa de un terror insensato.

Le había jurado un amor eterno, amenazando con matarse si ella no llegaba a ser suya. Cornelia le creyó y durante largas noches las lágrimas llenaban sus ojos. Pues no era posible pensar en el matrimonio y esa voluntad del joven músico de trabajar noche y día no eran sino palabras. Trató de evitarlo, cada vez más, temiendo sus deseos violentos. Luego lo vió varias veces seguidas en compañía de una linda alumna del conservatorio en la tertulia de la Opera. Sintió que su corazón se hacía pedazos y creyó morir.

La terrible certidumbre de haber rechazado su felicidad se había insinuado en ella desde ese momento y comprendió que, para recuperarla, le era preciso en adelante luchar contra su propio destino.

El destino había sido más fuerte. Y el tiempo justificó demasiado sus previsiones desilusionadas.

Ante la mirada de su espíritu pasaron los años con su esplendor lejano. Estudios, placeres fútiles, ninguna carta. A los veinte años había rechazado, sin reflexionar, dos pedidos de matrimonio. Decíase al terminar cada día: ''Es preciso que llegue la gran felicidad''. Y volaba, avegre, a través del presente, que poco a poco se convertía en pasado.

Ahí están las cartas del doctor Sigrist. Se veían a menudo, pero nunca en casa de ella. ''Me siento incómodo en la familia'', decía él. Había dejado entender que no pensaba casarse. Lo declaraba en sus largas cartas de estilo muy cuidado: ''Créame, no tengo ninguna vocación para esposo, precisamente porque amo a las mujeres más que a nada. Pero usted, señorita Nella, trae una nota nueva en mi vida; jamás he sentido una impresión tan profunda''. Y todo eso duró algún tiempo. Lo que él decía parecíale razonable; ella misma apenas había pensado en el matrimonio.

La hizo esperar y ella aguardaba enamorada. Cornelia era pobre; tenía veinticinco años. ¿Para qué esperar?... ¿esperar, qué? ¡Siempre el milagro que se desea ardientemente a los diez y seis años! Pero los hombres no esperan: ¿por qué nosotras, las mujeres, debemos dejarnos prescribir cómo hay que administrar nuestro tesoro de amor?

Sigrist era doctor en derecho, tal vez demasiado... Le agradaban las situaciones claras y definidas y esto no podía soportar Cornelia. ''¿Quiere usted ser mi amante?'' Ella debía contestar por escrito, sí o no. Contestó ''no''. Sigrist ni siquiera respondió a su carta.

¿Debió aceptar su proposición? Sí, se dijo más tarde; hubiese afrentado los prejuicios, tratándose de un sentimiento grande y sincero. Pero entonces era joven, bella, solicitada: debía guardar su corazón entero para el gran amor honrado que aún podía hallar.

Tres grandes paquetes eran las cartas de Teresa Poco después de comprometerse, cuando Teresa supo que Cornelia guardaba esa correspondencia, visitó en un instante propicio el cajón misterioso y destruyó todas sus cartas, guardando de nuevo las ajenas, sin leerlas. Así desaparecieron sus cartas de soltera. Del tiempo de su noviazgo quedaban dos; eran verdaderos himnos; algunas, poco expansivas, eran de Teresa ya casada.

Durante el corto tiempo que conservó a su marido, Teresa olvidó por completo a la amiga. Muerto aquél repentinamente, Teresa se apoderó con fervor violento de la mano que se tendía hacia ella y contestó a la carta afectuosa de Cornelia con una interminable elegía. Era la más desgraciada de las mujeres; se quejaba de Dios y del destino, y acusábase de esa muerte inesperada, con el placer de torturarse a sí misma por el ser amado. Desesperación, veleidades de suicidio, ansia de enterrarse en un convento y dolientes recuerdos de amor eran para Cornelia como una embriaguez sentimental que jamás le sería acordada y semejante profusión de dolor le parecía la mayor felicidad.

Hacía poco tiempo, Teresa, avergonzada de haber desnudado sus sentimientos de manera tan apasionada, reclamó sus cartas. Cornelia no quiso devolverlas. ¿Acaso el lazo más sólido entre ellas no era ese fragmento de alma ajena que guardaba Cornelia? ''El que no tiene nada propio, —pensaba,—debe clamar su ansia en la felicidad y el dolor de los demás''.

Puso cuidadosamente la carta reciente con las antiguas. Le pareció que ya Teresa jugaba con su dolor y alardeaba de él. Lo mostraba en las ocasiones solemnes como una toca de encajes negros que sienta bien.

El otro paquete voluminoso contenía las cartas de Deininger. Durante mucho tiempo—desde los veinticinco hasta los veintiocho años de Cornelia—había tenido por ella sim-



patía y confianza perfecta y Cornelia sufría el encanto avasallador que una rica alma masculina ejerce sobre la de una mujer impresionable. Ella se había apropiado sus opiniones sobre la humanidad, sobre el arte y sobre la vida con una rapidez alegre y agradecida. Muy mujer, comprendía que su felicidad estaba en someterse y en aceptar y que nada puede enriquecer a una mujer tanto como un alma viril que se abre a ella. Deininger, por amistad honrada e inteligente, le había facilitado el primer aprendizaje de la vida. Cornelia aun se lo agradecía. Un día le escribió que ella no le era indiferente como mujer y que las demás le parecían odiosas. Indecisa, Cornelia guardó silencio. Pero Deininger no pedía jamás. Cornelia supo que él la esperaba y pasó un año postergando de día en día una decisión que al propio tiempo temía y deseaba secretamente.

Y Cornelia tenía en su mano la carta que le causara el dolor mayor de su vida. La sabía de memoria: ''Le ruego que me conserve todavía su amistad, ahora que ya no puede haber otro sentimiento entre nosotros. Sé que usted no me ama. Nada quiero decir de mis sentimientos. En estos años he aprendido a conocerme y he descubierto entre otras cosas que la amistad no me basta y que me consume una sed de amor. Por un instante creí ver ese amor en usted. Me he equivocado. Como nuestras relaciones han sido siempre de la más rigurosa franqueza,—Cornelia sonrió dolorosamente, —debo hacerle una confesión: he obtenido el amor de una joven, que es para mí muy querida. Sé que esto la afectará poco, pues vive en una atmósfera intelectual. No me prive de su preciosa amistad; tal vez aumente, puesto que ya nó puede haber sino amistad...''

¡El hombre que mejor la había conocido, no la comprendió! Al recibir la carta Cornelia fué presa de una sacudida violenta. Durante varios días su ser entero quedó como paralizado. ¡Tan bien supo ella ocultar sus centimientos que Deininger, que la amaba, no vió más que amistad espiritual donde había otra cosa...!

La tercer noche elaboró en su pensamiento una carta en la cual descubriría el secreto de su corazón. No era demasiado tarde. Debía amarla más que a la otra, a la que conocía desde poco tiempo. La otra jamás lo comprendería ni participaría de su vida intelectual como Cornelia... Pero al día siguiente, sentada, con la pluma en la mano, escribió a Deininger una breve carta de amiga. Se felicitaba de su suerte y esperaba que continuaran sus buenas relaciones. Escribió dos veces esta carta. Las lágrimas habían hecho ilegible la primera...

La novia de Deininger no toleraba más influencia que la suya: la amistad cesó. El hombre que durante años viviera en perfecto acuerdo con Cornelia, se convirtió en el esclavo de una tontuela, y pronto en desgraciado. ¡Ah! ¡Cornelia debía haberlo conservado a cualquier precio! Poco se le importaba del qué dirán. Pero se erguía el principio terrible: ''No demuestres a ningún hombre lo que sientes por él. Sufre en secreto; no te humilles''.

Una palabra suya hubiera bastado para reconquistar a Deininger para siempre quizás y ella no había pronunciado esa palabra. ¡Qué trate de ser feliz con la otra! Quiso convencerse de que todo eso había concluído para ella, pero se sentía mísera y devorada por celos terribles. Entonces comenzó una existencia atrozmente vacía. ¡oh, él era digno de que ella se hubiese vencido a sí misma! Y el dolor y la comenzó una existencia atrozmente vacía. ¡Oh, él era digno momento.

Cornelia lloró.

Esas grandes ilusiones habían pasado. ¿Qué ansiaba ahora? Un poco de ternura y que se ocuparan de ella; que se la tomara delicadamente en los brazos, murmurándole dulces palabras al oído... ¡Ya no podía ser! Era vieja y los hombres aman a las jóvenes, que todavía no conocen. Cornelia los había rechazado. Sin embargo, había sido envidiada. Otras tuvieron muchas alegrías menos porque además de ser altivas y pobres, como Cornelia, eran feas. A ella siempre la rodearon y solicitaron.

Tomó otras cartas. Las reconocía sin verlas. Ahí está la de Rehm, cuyas grandes letras revelan un alma vulgar. Se quiso casar con Cornelia cuando ésta tenía treinta y cuatro años. Necesitaba veinte mil francos: ''Es para mis negocios'' decía, como si fuese lo más natural. Rehm era buen mozo, y por primera vez quizás, Cornelia se dejó atraer por el aspecto. Vinieron otras proposiciones, pero Rehm fué el que obtuvo más de ella. Un día que, asustada le imploraba un poco de delicadeza, murmurando que era difícil para una señorita... Rehm sonriendo picaresca y perversamente, repuso: ''Una señorita... bah... bah...''

Muda de sorpresa, lo rechazó con un gesto.

Y esa frase, ese tono medio burlón y medio dubitativo, le sonaba todavía en los oídos. Su inaccesible altivez confundida con una artimaña de coqueta! Desde ese día, delante de ciertos hombres se había sentido como una culpable, pensando: ''Sin duda, este también cree semejante cosa de tí''.

La carta del coronel retirado era una proposición. Cornelia no se arrepentía de haber rechazado a este pretendiente. Había también algunas cartas sentimentales del doctor Kolbe: tenía una mujer ya de edad y tres hijos; buscaba en Cornelia una distracción, un cambio. ¡Qué ridículo era todo eso! ¡Y que poco caso hacen los hombres del orgullo femenino! Con su prudencia, ella no había sido sino una tonta orgullosa...

Se inclinó sobre el cajón, el cofre de su vida. No: la tumba de su vida. Deseos no realizados, veleidades que habían concluído lamentablemente, miedo ansioso de la realidad... Aparentemente siempre conservó su altivez. Cornelia sonrió con amarga ironía: la apariencia. Eso había sido el ídolo de su familia. Pero íntimamente, ¡cuánta desolación! Si una sola vez, una sola, hubiese procedido contra su naturaleza tenaz, acaso hubiera sido feliz.

Cornelia quiso cerrar el cajón, pero las cartas de Breunig sobresalían. Databan de los últimos tiempos. ¿Por qué no había hecho saber nada de él? Cornelia confesóse que le hubiera sido muy grato verle, oir una palabra suya. ¿Para qué mentirse a sí misma? Breunig había sido su última esperanza. ¿Lo amaba? Esto es algo que no se puede saber de antemano sino cuando llega el momento... el momento que ya no ha de llegar.

Breunig era algo semejante al doctor Sigrist, no muy delicado, pero un hombre que sabía entenderse con una mujer. Cornelia no pensaba ya en el matrimonio. ¿Para qué vituperar contra los hombres? Eran así y había que tomarlos como eran.

Si Breunig volviera, si la dijera que fuese su amante, le diría que sí, sin reflexionar. Viviría una sola vez, antes de que fuera demasiado tarde para siempre. Si volviera... Si volviera hoy... Ya no era un muchacho y sabría que la esquivez de Cornelia no debía ser tomada demasiado a lo serio...

Largo rato Cornelia permaneció sentada, reclinándose en el respaldo de su silla. Ir a dormir, mañana hablar de nuevo en la escuela, volver para cenar, llorar una vez más... La invadió un odio profundo contra su vida. ¡Trabajar, dormir, lloriquear! ¿No era acaso inútil y vana cada lágrima vertida por una existencia tan fútil?

Llamaron. Cornelia escuchó atentamente y luego se puso de pie, de súbito, y corrió al lavatorio para humedecer sus ojos enrojecidos. ¡Era Breunig! ¡Se había acordado de ella. Llamó a la puerta. ''No entre, por favor; un momento'', gritó emocionada. En la casa no había nadie. Breunig, sin hacer caso de la advertencia, abrió la puerta y se adelantó. ''¿Cómo? ¿en el día de su cumpleaños se está ahí, en un rincón y en la obscuridad?'' Pero ya la luz inundaba la habitación y Cornelia, sorprendida un segundo por la claridad brusca, sintió que Breunig se apoderaba de su mano y la besaba. Su estado de espíritu era curioso: se quedaba allí, inmóvil, sin pensar en nada, los brazos caídos; todo su ser, emocionado aun por el recuerdo, lánguidecía de sumisión al hombre, al único que no la había olvidado en su cumpleaños.

Sentados uno al lado del otro, Breunig oprimía su mano y hablábale en voz baja, y cuando la abrazó en los hombros, besando su rostro, su boca, oyó sus palabras como de muy lejos:

—Cornelia,—dijo,—muchas veces he pensado en usted y bien sabe cuánto me agrada todavía.

Cornelia se irguió. ¡Ah! ¡le agradaba ''todavía''! En ese momento tenía ella que oir eso. Súbitamente comprendió que una sola frase esperaba: ''Te amo''. Pero él había dicho: ''Usted me agrada todavía, aunque tiene cuarenta años. Después de todo, es generoso de mi parte ocuparme todavía de usted''. Cornelia se puso de pie. Lo que tanto había deseado se desvanecía de pronto:

—¿Qué espera?—preguntó Breunig desagradablemente impresionado.

Cornelia lo miró, llena de odio. ¿Quién le daba el derecho de contar sus años?

—No espero nada,—respondió secamente.

En seguida se dirigió al comedor y cerró la puerta detrás de sí. Oyó la voz de Breunig:

—Adiós, Cornelia.

Breunig salió.

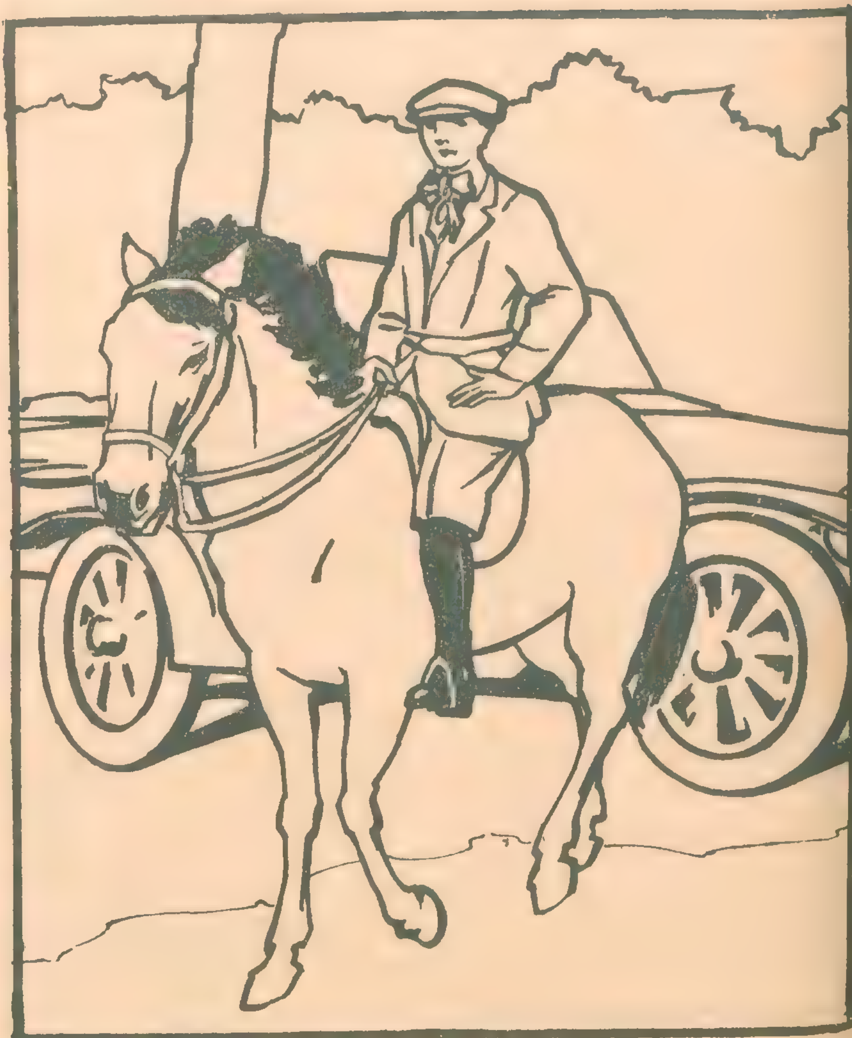
Ahora sabía ella, con toda la certidumbre que por instantes atraviesa a un alma humana, y lo sabía sin arrepentimiento, que todo había concluído, que ya ninguna carta vendría a juntarse con las antiguas.

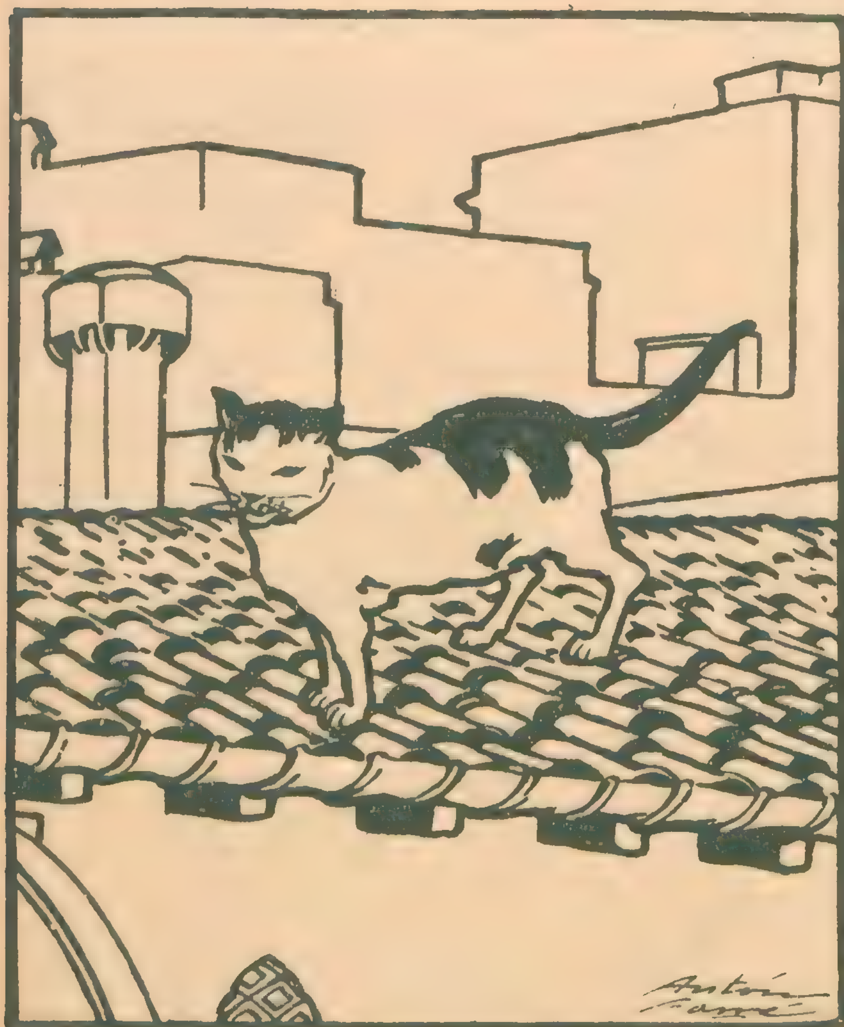
Emilio LUCKA.

Dib. de Macaya.

Página infantil









Para que los niños aficionados al arte pictórico puedan entretenerse en tan útil y ameno pasatiempo, presentamos en esta página dos hermosos dibujos, que podrán ser coloreados con lápices, acuarela o cualquier otro procedimiento, de acuerdo con el modelo en colores que acompaña a cada dibujo, o introduciendo las variantes que la fantasía de cada pequeño artista le sugiera, para obtener un lindo par de cuadritos.

Canciones y poemas

El diputado socialista e inspirado poeta, doctor Mario Bravo, acaba de publicar, con el título que encabeza estas líneas, un tomo de poesías correctamente impreso por la Sociedad Editorial "Buenos Aires", conteniendo un buen número de composiciones, en las cuales se destaca el vigor y colorido que caracterizan la forma poética del autor.

De dicho volumen entresacamos los siguientes versos como una demostración de que la intensidad de la vida política no es obstáculo para que el doctor Bravo continúe cultivando las letras, arte donde goza merecida reputación.



Doctor Mario Bravo.

Invitación a los héroes de la vida

Labrador, abre el surco; sembrador, desparrama
Por los campos el germen que será la amaltea;
Leñador, troncha el árbol sin temor de la rama;
Y tú, pájaro, canta, porque esa es tu tarea.

Sol, envuelve la vida en tu vasto oriflama;
Noche, entrega a la vida tu profunda odisea;
Lluvia, apaga la sed del bosque o la retama,
Y tú, pensador, piensa, para bien de tu idea.

Cóndor, emperador de valles y de alturas
Para agitar las cumbres, las frondas, las llanuras,
Cuando llegue la hora moviliza los Vientos;

Y mientras en la tierra la vida se elabora,
Madres! que cada entraña dé el fruto de una aurora!
Hombres! en cada entraña sembrad vuestros alientos!

Canción de las cosas tristes

A Martín Gil.

Regresar, por ejemplo, de un prolongado viaje
Con ilusión de abrazos, y encontrar el camino
Desierto, la arboleda marchita, las ventanas
Obscuras, y dos ojos dolientes y sombríos
Diciéndonos que alguien, de nuestra propia casa,
Para no volver nunca, jamás, jamás, se ha ido!

O mirar en el patio familiar colindante
Cómo juegan sus juegos esos tres huerfanitos,
Como ríen joviales, los pobres, los ingenuos...
Ellos no saben nada, ni nada han presentido,
Y cuando sean grandes les hablará la ausente
De una honda [illegible] del tiempo en que eran niños.

Preguntar por la joven que siempre, cada tarde,
En el balcón bordaba su bastidor blanquísimo.
Saludaba riendo a los chicos del barrio,
Saludaba riendo a todos los vecinos.
En este último otoño entró el frío en la casa:
Tos, fiebre, medicinas... Y nunca más la vimos!

Encontrar al rapaz compañero de escuela
(Perdulario, burlesco, negligente, atrevido,
Solaz de aquellos días tan breves que pasaron)
Después de tantos años, y encontrarle lo mismo,
Tal vez un poco triste, tal vez un poco enfermo,
Y sin saber el rumbo que tiene ni ha tenido.

Sí, todo eso es muy triste; pero hay algo más triste:
La vida derrumbada por el tiempo al abismo,
La juventud, la novia, la ilusión, la alegría,
Y el llegar cada noche por el mismo camino
Hasta el hogar en sombras, con la fatal certeza
De vivir una vida que no es la que quisimos!

Canción del águila y del cóndor

Levantaron su vuelo hacia el cénit profundo
Al anuncio que llena de pavor la derrota,
Y fueron hacia el límite de la altitud ignota
Para no ver la tierra, para no ver el mundo!

El intrépido cóndor y el águila certera
En el silencio inmóvil del uniforme cielo,
Frente al sol desplegaron su dominante vuelo
Como el flamear triunfante de una marcial bandera.

Firmes ya en ese imperio de inalcanzable altura,
Los héroes expatriados del monte y la llanura
Registraron con ávidas miradas el vacío.

Y cuál no fué su espanto en esa hora indecible,
Al ver que atravesaba la frontera imposible
El hombre, triunfador del misterio sombrío!

Mario BRAVO.

Consejos para el dependiente



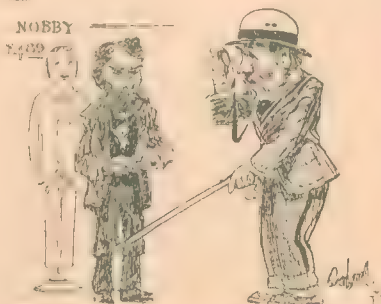
Evite la expresión de desaliento y melancolía: puede ahuyentar el temperamento comprador del cliente.



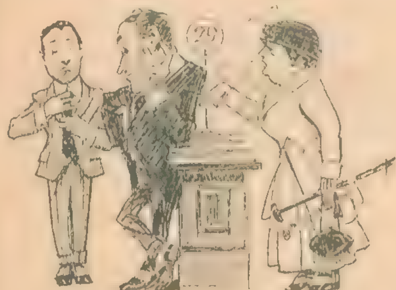
Pero no sea efusivo. El exceso de atenciones molesta a algunas personas.



Pero no ría ruidosamente, sobre todo de sus ocurrencias. Si el cliente gusta ser ocurrente, aprecie complacido su ingenio.



Ningún dependiente debe ser negligente en materia de indumentaria personal.



Evite un aire de indiferencia.



Mas no por ello adoptará una refinada elegancia. El cliente que no esté tan bien vestido puede sentirse rebajado.

La visión del alma

La Muerte habló desde su caverna de sombras y dijo a la Vida:

—¡Oh! Perfecta creación del Eterno ven a mis brazos. Antes que fueras, yo te esperaba ya en el Vacío, en la pasividad de la Nada. Ahora junto a tí destruyo.

La Vida se estremeció y quiso huir; pero todo fué inútil. Se vió cercada de tinieblas y dentro del dominio de la Muerte, sin salida alguna.

Era la Vida toda claridad y sus haces luminosos iban a extinguirse en la sombra. Era toda melodía y sus notas se desvanecían en el espacio. Era toda belleza y sus encantos pudríanse sobre el lodo.

Unicamente la Muerte continuaba la misma triunfadora, invencible, eterna. Ninguno de sus horrores perdía. Lo acechaba todo y lo destruía todo. Ni los pecos podían escapar a sus garras en el fondo de los mares. Ni las aves remontándose hasta perderse en el cielo azul. Ni los gamos que disparaban en la risueña llanura.

Cuando el ruiseñor cantaba alegre y enamorado de su pareja en lo más umbroso del bosque, allí estaba ella, la terrible intrusa. A poco caía el pajarillo aleteando angustiado en la trampa fúnebre, para no gorjear más. Cuando los ciervos bramaban en los cañaverales, encelados por la plenitud de la Vida, allá iba la Muerte y ¡ay! de los pobres ciervos que yacían con las extremidades rígidas y los dientes apretados.

Pues, de la misma manera sorprendía ella a los demás seres. A unos perseguía despacio, como gozándose en la lentitud de la agonía; a otros mataba de un golpe; pero con todos y en todas partes ejercía su tremendo oficio, mezcla de odio, de envidia, de corrupción y de espanto. En la tarde apagaba la llama de color que en la mañana la aurora había encendido en las rosas.

La Vida empezaba a desfallecer en esa prolongada campaña, cuando de su seno fecundo nació el hombre: valiente guerrero, venido para defenderla; supremo y último esfuerzo de la creación íntegra.

El hombre salió a la arena del combate y luchó desesperadamente con la Muerte, como Hércules luchara con ella defendiendo el cadáver de Alcestes. El hombre opuso más resistencia que el águila, que el cetáceo, que el león; pero, también cayó envuelto en las tinieblas heladas de su enemiga; cayó sin aliento, sin vista, sordo, frío, rígido, insensible, vencido!...

La Muerte rió siniestramente festejando su más alta victoria, cuando sintió llena de pavor y de cólera que en los despojos humanos que tenía a los pies no estaba en realidad, el hombre, el cual transfigurado en resplandeciente e impalpable ángel quedaba aún en pie, frente a ella, triunfador, invicto, arrogante, invulnerable, con toda su belleza, con todos sus pensamientos, sin haber perdido en el combate sino su exterior vestidura.

A la Muerte le pareció, entonces, más noble, más puro, más grande que antes de la lucha.

¡Era la visión del alma!

Arturo OBLITAS.

Lecturas estimulantes

Al triunfo por la voluntad y la cultura

Puntos de meditación para espíritus de todas clases

La cultura

II.—Teóricos y prácticos

Hace poco leía una descripción de ciertas grandes fábricas o establecimientos industriales de Alemania, y recuerdo, entre otros hechos muy significativos, el siguiente: en ciertas tintorerías y curtidurías alemanas, el número de químicos que trabajaban a sueldo de la empresa era mayor que el número de técnicos; no solamente "se permite existir" a esos teóricos, sino que, en aquellos países, que son la encarnación de la industria práctica, el número de teóricos es mayor que el número de técnicos. Aun dentro de una fábrica, el número de "teóricos" dedicados a investigar era más crecido que el número de "hombres prácticos" que se dedicaban a la producción propiamente dicha. Y es que, efectivamente, la cultura teórica, la alta cultura, es como el curso superior de los ríos, cuyas márgenes pueden ser, quizá, infecundas, pero que alimentan el curso inferior, cuyas márgenes fertilizan naciones enteras.

Una excepción aparente podría señalarse: los Estados Unidos, país que durante mucho tiempo se ha señalado por su inmensa actividad de orden práctico, sin que ella fuera acompañada de una actividad paralela en el orden de la cultura teórica; pero justamente este ejemplo de los Estados Unidos nos muestra que una nación puede ser "tributaria" de otras, no solamente desde el punto de vista político, sino desde otros puntos de vista más importantes todavía. Cierto es que la actividad práctica adquirió un desarrollo monstruoso y admirable en los Estados Unidos; pero, lo repito, este ejemplo nos muestra la naturaleza, como acabo de llamarla, "parasitaria" de la actividad práctica. La de los Estados Unidos mantenía a ese país, hasta hace muy poco tiempo, como tributario de Europa—como tributario, en un sentido mucho más amplio y mucho más importante que el político.—Los Estados Unidos aplicaban y utilizaban la electricidad europea, el vapor europeo, el magnetismo europeo; y justamente aquel país lo ha comprendido, y ha iniciado en los últimos años un movimiento, un esfuerzo sin igual, en todos sentidos, de voluntad, de dinero, para conquistar su independencia: esta segunda independencia, más valiosa todavía que la primera. Si hay en Estados Unidos algo que sea una idea nacional, es el deseo, la voluntad firmísima de conquistar una cultura propia; se trata de una segunda revolución norteamericana, en la cual es de esperar que tendrán tanto éxito como en la otra, y que es más decisiva que la otra.

Carlos VAZ FERREIRA.

Memorandum

para cada día de la semana

I.—Es más fácil gobernar a cien hombres pudientes que a uno solo que no tenga nada que perder.—**C. Cantú.**

II.—La ley no se hizo para el hombre de conciencia y honor.—**Richardson.**

III.—Una voluntad inflexible sobrepuja hasta al tiempo.—**Chateaubriand.**

IV.—Nada hay imposible; existen medios para conseguir todas las cosas. Si poseemos voluntad suficiente, tendremos muchos de estos medios a nuestro alcance.—**La Rochefoucauld.**

V.—La previsión consiste en saber considerar "todos los acontecimientos" posibles antes de que tengan lugar, y en parar de antemano sus consecuencias.—**Cicerón.**

VI.—Sé audaz; la fortuna ayuda a los audaces, a los audaces de cabeza serena y de aptitudes, no a los locos que toman por audacia la necesidad morbosa de rodar por las rocas y saltar por precipicios.—**Roudés.**

VII.—Todo esfuerzo humano, por pequeño que sea su fin, llena de nobleza y belleza a quien lo ejecuta.—**Nourey.**

> **UN TESORO**
>
> Una idea vale mucho dinero. Le conviene leer las que ofrecemos en esta página. Una sola de ellas, bien aprovechada, puede facilitarle un tesoro. :: :: ::

Consejos de un millonario

La recompensa en la carrera de los negocios

Yo les recomiendo con toda seguridad la carrera de los negocios en la que encontrarán ancho campo para desarrollar sus más elevadas facultades y las cualidades más nobles de nuestra naturaleza. Creo que la profesión de un gran comerciante, de un banquero, de un jefe de talleres, favorece el desenvolvimiento de las facultades del espíritu y robustece nuestro conocimiento acerca de multitud de prejuicios. Además, les aseguro que el éxito verdadero sólo se puede alcanzar con una conducta leal y honrada, por costumbres irreprochables, vida perfecta, buen sentido y gran tacto en todas las relaciones de la vida humana; el hombre de negocios torpe en palabras y obras, de costumbres desarregladas, o sospechoso de hábitos groseros, pierde el crédito muy pronto. En las profesiones liberales hay sitio para los hombres torpes—torpes fuera de su profesión,—en los negocios esos hombres no vencerán jamás. El hombre que no tiene un entendimiento sano, no triunfará nunca. La carrera de los negocios es ruda escuela de todas las virtudes; en ella se logra una suprema recompensa que no se alcanza en ninguna otra profesión. Me refiero a los generosos donativos que, gracias a ella, se pueden hacer. A esos hombres debemos principalmente nuestras universidades, nuestros colegios, nuestras bibliotecas y nuestras instituciones docentes. Así lo atestiguan Girard, Lehigh, Chicago, Hardvard, Yale, Carnell y muchos otros.

¿Qué monumento mejor puede dejar un hombre a las generaciones futuras que uno de esos centros donde recibirán instrucción liberal y sana millares de almas que han de bendecirle? Esos monumentos son la obra de los hombres para los cuales el exceso de la riqueza fué en sus manos un sagrado depósito administrado a beneficio de todos.

Si algún hombre de negocios puede ser tachado de avaro, nosotros tenemos, en cambio, el derecho de aplicar a nuestra clase las palabras que el gran Tomás Cronwell decía al gran cardenal: "Si tuvieron la ambición de adquirir, al menos repartieron dones y se condujeron como príncipes, según atestiguan estos ejemplos de la ciencia."

A. CARNEGIE.

Los precios indicados

El remedio

¿Cómo evitar el perjuicio que ocasiona el no poner en todos los objetos del escaparate tarjetas con los precios correspondientes? Indirectamente queda ya dicho: no descuidando el detalle de marcar los precios.

Nadie podrá poner en duda la realidad de las consideraciones hechas, ya que están basadas en la experiencia de todos los días y en la práctica de los negocios.

Ahora bien; ¿por qué no se aplica el remedio si es tan fácil? Por razones parecidas a las expuestas antes al tratar de la mala costumbre mercantil de no establecer la regla del "precio fijo". Porque existe el ansia de las pequeñas ganancias ilegítimas. El comerciante que admite el "regateo", lo hace muchas veces por ver si puede sacar al comprador algunos centavos que aumenten la ganancia justa. Y de la misma manera, el comerciante no se determina en ocasiones a hacer constar públicamente el precio de sus artículos porque, al hacerlo, implicaría establecer el precio fijo; es decir, porque así puede intentar el sacar del comprador una mayor ganancia que la justa.

Interpretaría mal esta idea quien pensara que el concepto sobre ese punto es absoluto. No; muchos comerciantes no ponen en sus establecimientos el recomendable letrero del "precio fijo" y no marcan los precios en sus vidrieras, por no haber pensado las ventajas que esas buenas prácticas podrían proporcionarle. Precisamente a quienes nos dirigimos es a esos comerciantes de verdadera moralidad mercantil, para advertirles la conveniencia de modificar su costumbre y estimularles a pensar sobre la utilidad de esta modificación.

El catálogo

El viajante y el catálogo

El catálogo es el viajante universal. Va a todas partes, llega a todos los rincones, visita todos los climas, se presenta al mismo tiempo en los sitios más distantes, equivale a varios viajantes y cuesta, en resumen, mucho menos. Es, sin embargo, un agente con muchas exigencias. Requiere condiciones de difícil satisfacción, porque no se llenan sólo con dinero, sino con la habilidad, el cálculo, el acierto que distingue al verdadero comerciante moderno.

La "Imprimerie Montmartre", de París, casa dedicada especialmente a la impresión de folletos, catálogos, hojas, etc., que por su condición deben reunir todas las cualidades imaginables de esmero, elegancia y buena presencia, compara así la eficacia del viajante con la del catálogo. El viajante, si es bueno y conoce a fondo el artículo, hará negocios, pero a condición de ser recibido por el cliente, de que llegue en un momento en que éste tenga tiempo para recibirle y de que le encuentre en conveniente disposición de espíritu para soportar con agrado o paciencia su argumentación de costumbre.

El catálogo llega por el correo, salva todas las puertas y espera con inquietud que el cliente tenga tiempo y ganas de hojearlo. Si es interesante, ameno y lujoso, seguramente se salva del cesto de los papeles. El cliente lo hojea, lo contempla y después del primer vistazo vuelve a colocarlo sobre la mesa. Sus amigos, sus visitas, atraídos por el gusto de su cubierta, lo hojean también mientras esperan la llegada del dueño de la casa. El catálogo, durante algunos días, es un viajante solícito alojado en la propia habitación del cliente.

Esta apreciación exacta, no precisamente en sus términos, sino en el valor que atribuye el catálogo, da una fiel idea del lugar que ocupa este medio de publicidad entre los que van ocupando nuestra atención en esta serie de artículos.

El anuncio

La ingeniosidad

El anuncio ingenioso es aquel que, sin ser siempre original, atrae por las gracias de sus figuras, por cierta novedad, delicadeza o ligero atractivo que llama la atención del lector.

No negamos que el dibujo agregado a un aviso aumenta su costo; pero tampoco negará nadie que de ese pequeño aumento depende que el anuncio se lea o se desprecie. Claro es que una figurilla no añade palabra alguna al texto del aviso; pero obsérvese que tampoco un vestido lujoso o elegante aumenta en nada las cualidades de las personas y, sin embargo, todos tenemos motivos más que suficientes para apreciar en su valor las transformaciones que obra el vestido en los individuos.

Una figura (reduzcamos el caso a esto solo) da vida y expresión a la seca frialdad de los tipos de imprenta; es una voz que nos llama, nos pide atención y nos promete decirnos algo interesante. Y en efecto: unas veces la figura es una caricatura grotesca y nos hace reir al fijarnos en ella; otras es la fotografía de una máquina industrial y nos hace pensar; un retrato, un animal, un objeto cualquiera; y en todo caso da al aviso una fuerza y un poder de sugestión que de ninguna manera tendría por sí solo.

> **REGLA DE ORO**
>
> Haced con los demás lo que deseáis que los demás hagan con vosotros. :: :: :: ::

Correspondencia

Amateur.—Rembrand fué un ilustre pintor de la escuela holandesa. Nació en Leyden en 1606 y murió en 1669. Entre sus obras maestras cuéntanse: "Tobías y su familia", "Los síndicos de los pañeros", etc.

José María.—Para preservar las máquinas y demás útiles metálicos del orín u oxidación se disolverán: 15 gramos de alcanfor en 500 de grasa fundida; se espumará el líquido usando éste caliente y se le asociarán 500 gramos de mineral de plomo o de grafito a fin de dar al conjunto el color metálico que se desee. Con dicha composición grasa se embadurnarán bien las partes de las máquinas o los objetos que se quieran preservar de la herrumbre; se dejará accionar esta capa durante veinticuatro horas y después se limpiará bien con un trapo suave.

Los pinares de Honduras

¡Oh voluptuosos reposos andinos!...
Sueños risueños de bosques de pinos,
en que mensajes de alados destinos
sentirán breves los largos caminos
o en que tendrán desplegados los linos
infatuaciones de vientos marinos...
Bosques de pinos... Diez mil peregrinos
ensimismados en goces divinos:
lloran perfumes sensuales y finos;
y se adormecen, borrachos de trinos...
¡oh voluptuosos reposos andinos:
sueños risueños de bosques de pinos...

Arpas robustas de tensos cordajes,
en que las brisas, cansadas de viajes
sinfonizando revuelos de trajes
y de abanicos: ¡oh sedas y encajes!—
mienten suspiros, inventan lenguajes,
dictan canciones que son óleajes:
y, en un nervioso temblor de ramajes,
hacen huir a lejanos paisajes
frondas que ruedan en danzas salvajes...

Cuando las brisas se van, ¡qué tristeza!...
Melancolía monástica asume
el pinar lírico y grave, que reza
y en conventual placidez se consume:
luego se embriaga de trinos; y empieza
a adormilarse, soñando perfume...
¡Oh voluptuosos reposos andinos...
sueños risueños de bosques de pinos...

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Idea fracasada

—Muchachos, los he citao
par'un asunto importante,
y ya que estamos reunidos
abriremos el debate.
—¿De qué se trata?
—Un momento;
ya sabrás. No hay que apurarse.
Voy a explicarles m'idea
qu'es estupenda.
—¡Adelante!
—No estemos perdiendo tiempo
qu'es lo mejor.
—¡Que s'esplaye!
—¡Que abrevie!
—¡Que sea conciso!
—¡Orden, cabayeros!
—¡C'able!...
—¡Que perore!
—¡Que s'esplique!
—Que cuide bien el detalle.
—Suspenderé la sesión
si es qu'empiezan a farrearme.
¡Lo qu'está bien, está bien!
—Prosiga, don Oyanarte.
—Si guardan la compostura
voy a seguir adelante.
¡Seguí nomá, Rascabuche;
Dejate de tantos partes.
—Cerrá el pico, Calandraca,
y no seas tan compadre.
—No le hagan caso qu'el pobre
está rebuznando de hambre.
—De tu misma enfermedá,
pedazo.. de actor cesante.
—Señores, basta de charla.
Che, Rascabuche; largate.
—Pongan atención, muchachos;
voy en el acto a esplayarme.
Hace tiempo andamos todos
hechos unos atorrantes;
sin morfil algunos días
y llevando nuestros trajes,
que tienen ya de servicio,
lo menos, seis navidades,
descoloridos y a punto
d'enseñar pronto las carnes,
y ni esperanzas tenemos,
siquiera, de remplazarles.
—Yo llevo hace tiempo el mío
remendao en varias partes.
—¿Qué vachaché? Sos tan malo,
que no te contrata nadie.
—¿Y acaso yo ando buscando
pa que alguno me contrate?
—Dejen seguir el discurso
y no sean charlatanes.
Prosigo: tengo un proyecto;
a ver si a ustedes les place:
aura que se forman tantas
compañías nacionales
de revistas y sainetes,
comedias y variedades,
podríamos formar una
compañía...
—De asaltantes.
—¿Y por qué no? ¿O te has cráido
de que somos incapaces?
Somos capaces de todo...
con tal de matar el hambre.
—¿Y entonces qu'estás hablando?
Si no comprendés, callate,
qu'es lo mejor, farabute.
Y, sino... and'a bañarte.
—Yo renuncio del elenco;
prefiero seguir cesante.
—Yo también; amo la vida,
y no estoy pa que me maten.
—Si entonces no debatamos
vamos a seguir como antes,
hasta que llegue algún día
que a pedazos nuestros trajes
se nos caigan y quedemos
lo mismo que unos Adanes.
—Si tal cosa sucediese,
por eso no hay que apurarse,
porque yo teng'un amigo
qu'es dueño de un cambalache,
que me fía, no sólo uno,
sino veinte o treinta trajes.
—Tiene razón, Caradura;
la parla com'un manate.
El qu'esté necesitao
o en apuros... que trabaje.
—Entonces, nobles colegas,
queda cerrao el debate,
y hasta el año venidero
seguiremos en "relache".

A. G. VILLOLDO.

Para las dueñas de casa

PÁJAROS EN LA CASA

Por lo común, las personas que aman los pájaros los tienen en jaulas y les expresan su cariño por medio de azúcar y bizcochuelo. Sin embargo, hay algo que les agrada más a los pájaros y que posiblemente aceptan como el mejor testimonio de un cariño sincero: es la libertad. Como todos los seres vivientes, tienen derecho a ella.



El pobre chingolo que se lastima las alas —símbolo de la libertad— queriendo forzar la cárcel de la jaula, y el gorrión que se muere cautivo, piden, con su tormento, el derecho a volar. No haya, pues, en las casas, pájaros enjaulados. Y mucho menos si en la casa hay niños: se les acostumbrará al espectáculo de una crueldad. Algo se puede hacer si se quiere tener a menudo la visita de los pájaros en el jardín. Se fabricará con cajitas de madera, nidos que colgados en una rama atraerán a algunas aves. Sin duda, alguna de ellas se decidirá a aceptarlas para vivienda, si es que no tiene de los seres humanos la opinión que merecemos. Por otra parte, un favor que agradecerán sería el de poner a su disposición, atado en una rama alta, un copo de lana o de algodón, del que pellizcarán para hacer sus nidos. Y como algunos pájaros gustan de las substancias grasas, sobre todo en invierno, se puede colocar en una rama—como muestra el grabado—un pedazo de grasa de vaca que les servirá de alimento.

LOS USOS TERAPÉUTICOS DEL HIELO

Se suele administrar al enfermo pedacitos de hielo para calmar la sed que producen los ataques febriles. También se recomienda el hielo, dado en esa forma, en las hemorragias de la boca, pulmones, garganta y estómago. En algunas afecciones dolorosas del estómago, la ingestión de pedacitos de hielo causa notable alivio.

Al exterior, se emplea el hielo en forma de compresas, bolsas de hielo, etc. Como anestésico local, antes de las pequeñas operaciones quirúrgicas, ha caído en desuso desde la aparición de los cloruros de etilo y de metilo. Sin embargo, en caso de no tener a mano estas últimas drogas, se puede recurrir a una mezcla de hielo y sal.

Se aplica el hielo en la cabeza en el tratamiento de las insolaciones, convulsiones, delirio, cefalalgia, meningitis, etc. Se emplea asimismo vejigas de hielo en el tratamiento de las heridas en los ojos para evitar la inflamación. En las inflamaciones articulares, y luego de haber operado en las articulaciones, parece indicada la aplicación del hielo. Se suele emplearlo, igualmente, durante ciertos períodos de la fiebre tifoidea, la escarlatina, el reumatismo agudo, etc.

El hecho de que el hielo tenga un efecto benéfico durante algunas enfermedades, no autoriza a creer que su consumo sea siempre conveniente para el organismo. Al contrario, si no se lo ingiere en poca cantidad y trozos muy pequeños, puede acarrear trastornos gástricos.

UTILIDAD DEL LIMÓN

El zumo de limón es el gran específico para la limpieza del cuerpo humano. Es depurativo y desinfectante. Las manos lavadas con limón se blanquean y se limpian muy bien, y para el baño son excelentes las soluciones de zumo de limón, el cual sirve también para limpiar la dentadura y para enjuagarse la boca y la garganta; unas pocas gotas en una vaso de agua fortalecen la vista, y sirve también para curar las heridas leves de las manos y los sabañones.

Aplicando trocitos de limón a los callos se calma el dolor que producen. Este precioso zumo es muy útil en la difteria y la gota y constituye un remedio soberano contra los constipados. Tomando diariamente el zumo de varios limones se cura el reumatismo artrítico y es un antídoto excelente de la diabetes.

El lavado de la cabeza con solución de zumo de limón limpia el cabello de secreciones grasas, evita la calvicie y conserva el pelo limpio y reluciente.

El zumo de limón con agua caliente o fría es bueno contra la bilis, y la limonada caliente, tomada al tiempo de acostarse, es muy buena contra los constipados.

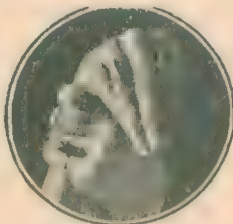
Para adelgazar es muy bueno tomar en ayunas y al acostarse zumo de limón caliente.

La corteza del limón es tan útil como el zumo. De ella se extrae la esencia del limón. Fresca o seca sirve también para ciertos dulces.

Hay muchas manchas que no resisten al zumo de limón. Las de óxido de hierro en la ropa blanca se quitan con limón y sal y poniéndolas al sol. Finalmente, la ropa se blanquea al lavarla si se echan en el agua unas rajas de limón.

LA DANZA DE LAS SERPIENTES





La Kyra es una notable bailarina que actualmente llama la atención en Nueva York por los sorprendentes enlazamientos y flexiones que ejecuta con sus brazos. Las ilustraciones permiten imaginar que la "Danza de las serpientes"—el número favorito de su repertorio—es de un vívido carácter, en cuanto reproduce con los hermosos brazos movimientos y contorsiones del cuerpo viperino. Las dos piedras preciosas de los anillos que en cada mano lleva, simulan ser los ojos de la serpiente que miran fulgurante. La Kyra realiza con los brazos movimientos que son imposibles para la mayor parte de las personas, pues es raro el caso de semejante facilidad en el juego de las coyunturas.

JOYAS PARA LOS NIÑOS

Indudablemente estas valiosas joyas no irán a adornar una cabellera de niña, turbando y no enalteciendo la natural belleza de la infancia, ni ha de brillar ninguno de esos diamantes en una manita infantil. Sin embargo, son para los niños. La plata que den por ellas una rica heredera o un buen señor retirado de los pingües negocios y en trance de dedicar a su esposa a la vida social, servirá para fundar en diversos puntos de Inglaterra centros destinados a la protección de los niños.



La iniciativa pertenece a la esposa de Lloyd George y a la duquesa de Norfolk, quienes han obtenido como donativo para aquel propósito las joyas que se ve en el grabado. En la parte superior hay un magnífico collar de perlas donado por la duquesa de Marlborough. Debajo, a la izquierda, una tiara de diamantes, de la condesa de Essex, un adorno para cabellera donado por Lady Ward y una tiara de diamantes enviada por la señora de Gilliat.

Esas joyas han sido avaluadas en 150.000 pesos moneda nacional.

LIMPIEZA DEL MARMOL

Las estatuas de mármol, cuando están expuestas al aire libre, no sólo se ennegrecen sino que se cubren de vegetaciones microscópicas que forman manchas verdosas. Para evitar esto, se prepara una mezcla de dos partes de cera virgen y una parte de aceite de adormideras, mezcla que se calienta un poco y, caliente aún, se pasa con un pincel sobre el mármol.

Para la limpieza propiamente dicha, para quitar las manchas y blanquear, existen varios procedimientos eficaces.

Se frota el objeto de mármol con una mezcla de vinagre y piedra pómez finísima, valiéndose de una esponja. Después se lava abundantemente varias veces.

Las estatuitas, jarrones, placas, etc., se limpian con una solución de seis partes de cloruro de cal en cien de agua, con la que se frota el mármol empleando una muñeca de trapo. Al cabo de dos horas se lavan con una esponja y agua abundante.

Otro procedimiento consiste en embadurnar los objetos de mármol con una papilla formada por cal apagada y agua; se lavan con agua de jabón y finalmente con agua clara.

El agua oxigenada sirve también para quitar del mármol muchas manchas que resisten a otras substancias.

El árbol. Un árbol que hemos visto nacer y llegar a la edad provecta, es un ser dotado de vida que ha adquirido derechos a la existencia, que lee en nuestro corazón, que nos acusa de ingratos y dejaría un remordimiento en la conciencia si lo sacrificáramos sin motivo legítimo.—**Sarmiento.**

De Lomas de Zamora



Señoritas de Cadelago, Estevez, Acosta, Pereyra, Rios, Pedemonte, Delboy, Romano, Devoto, y Pereyra, en el baile de disfraz que se efectuó en la quinta de los esposos Goitea-Argüello, el 24 del mes ppdo.

Para los niños y los grandes

I.—Los invisibles enemigos de la salud

Pero ¿dónde he podido adquirir esta terrible enfermedad si no he estado en contacto con ningún atacado que haya podido transmitírmela?

He aquí una pregunta que las gentes se formulan a cada rato en todas partes, sin que muchas acierten a contestarse. Y sin embargo es fácil señalar el origen posible de todas esas infecciones que llegan a nosotros cuando menos lo esperamos.

Muchas de las peores enfermedades se deben a los microbios, esos seres infinitamente pequeños, invisibles a simple vista. Son verdaderas semillas que se introducen en el organismo de los animales y del hombre, donde pueden multiplicarse de la manera asombrosa que dijimos al ocuparnos de Pasteur.

¿Y cómo llegan a introducirse?

¡Oh! son tantos los caminos por donde llegan y tantas las puertas por donde entran!

¿Ves esa mosca que acaba de pasar por tu ventana? ¿De dónde viene? Viene de casa de tu vecino o de más lejos, donde hay un enfermo o un foco de infección cualquiera. Estuvo posada sobre el esputo de un tuberculoso, sobre las materias fecales de un tifoideo, sobre las llagas o heridas de otro enfermo, sobre diversas materias descompuestas peligrosas. Ha recogido en sus patas la mala semilla y al entrar en tu casa la deja sobre tu pan, sobre cualquier alimento que está ahí a su alcance, sobre tu plato, sobre la servilleta que pasa por tus labios, sobre una pequeña herida que tú tienes y que no has protegido en ninguna forma, y así puedes ser tú la víctima de la tifoidea, la disentería, el cólera, la tuberculosis, el grano malo, etc.

El enemigo invisible llega en tu propia ropa que por la calle, en el tranvía, en un lugar cualquiera, o expuesta al polvo que el viento levanta, ha recogido el veneno que pasa a tus manos, que te llevas a la boca o con las que tocas tus alimentos, sin lavártelas inmediatamente antes de comer.

Llega en el sucio papel moneda que tanto aprecias.

A menudo sacudes y cepillas tu ropa dentro de las habitaciones, acaso en el comedor mismo, junto a los alimentos; haces barrer los pisos y las alfombras con escobas que levantan el polvo que respirarás en seguida y dentro del cual pueden hallarse gérmenes de enfermedades.

Observa el aire de tu habitación en el rayo brillante del sol que penetra por un agujero o por una rendija de la ventana. Verás el número infinito de corpúsculos que contiene. ¿Sabes tú, acaso, qué terribles enemigos de la salud pueden hallarse entre ellos?

Los animales domésticos, tu propio querido perro que acaricias, te trasmiten inocentemente lo que han levantado por ahí.

Las verduras y la fruta que el verdulero ambulante ha tenido depositadas y descubiertas quién sabe dónde, que muchos han manoseado, que han sido tal vez regadas con aguas contaminadas, y que comes crudas, también son portadoras del enemigo.

Y tú no has tenido la precaución de alejarlo lavando bien todo, suficientemente con agua pura. Lee, lee la experiencia hecha con las frutas y que refiero más adelante, y piensa que otro tanto podría comprobarse repitiéndola con diferentes artículos alimenticios expuestos a contactos y manoseos infectos, como los dulces, masas, helados, etc. que compras en la calle al primer ambulante que encuentras al paso.

Dos sabios, los doctores Fillassier y Sartory, quisieron precisar un día el número de microbios que se hallan en la superficie de las frutas, tal cual se las adquiere en los puestos de venta o en los carritos y canastos de vendedores ambulantes.

Tomaron así algunas fresas grandes y las lavaron en cuatro aguas diferentes. Y bien; el agua del primer lavaje contenía 1.850.000 bacterios por centímetro cúbico. El segundo lavaje hecho con agua esterilizada y en otro recipiente produjo 74.000 microbios por centímetro, y el tercero dió 18.000.

Hicieron lo mismo con una muestra de grosellas polvorientas, extraídas de un carrito de mano, con el siguiente resultado:

En el 1er lavaje	851.000	microbios
„ „ 2.°	„	41,000	„
„ „ 3.er	„	8.500	„

Otra muestra tomada de un puesto de venta muy limpio, sólo dió por centímetro cúbico:

En el 1er lavaje		78,000	microbios
„ „ 2.°	„	14.000	„

Con "las uvas" obtuvieron análogas comprobaciones. De una muestra, tomada en una calle de 20 metros de ancho, muy frecuentada por automóviles, obtuvieron por centímetro cúbico:

En el 1er lavaje		3.200.000	microbios
„ „ 2.°	„	120.000	„
„ „ 3.er	„	27.000	„

Importa decir que la casi totalidad de esos microbios no eran dañinos; pero ello demuestra, no obstante, la conveniencia de lavar bien las frutas y legumbres en varias aguas puras, antes de llevarlas a la boca.

II.—Sé amigo del agua

Si cubrieras solamente la tercera parte de la piel de tu cuerpo con un barniz que la hiciera impenetrable, comprometerías tu vida y hasta la perderías como la pierden los que reciben quemaduras extensas aun cuando no sean profundas. Impedida la piel de realizar necesarias funciones de respiración, de absorción o de exudación, se recargan con su trabajo otros órganos, como los riñones, el hígado, el pulmón, etc., y de ahí las consecuencias.

Y bien; la falta de aseo produce fenómenos análogos, si bien no son tan graves ni de efectos tan rápidos o directos. Envenenas tu organismo.

El hábito del baño te evitará muchas afecciones desagradables, aumentará tu resistencia a las enfermedades porque vigorizará todo tu organismo. Sentirás estimulada tu energía para el trabajo.

Báñate, si puedes, todos los días. Toma un baño frío pero corto de no más de un minuto. Fricciónate, muévete, en seguida. Y una vez por semana, siquiera, toma un baño templado y con jabón. Serás mucho más fuerte, estarás contento de tí mismo e inspirarás mayor simpatía a los demás.

III.—Cómo asegurar la salud

¿Quieres estar prevenido contra las enfermedades que pueden acometerte a pesar de las precauciones que tomes para evitarlas?

Y bien; procede como el viajero que ha de atravesar forzosamente una zona en la cual le acecha un foragido para robarle y atentar contra su vida. Va prevenido y bien armado para repeler la agresión.

Si desde niño vigorizas tu organismo no bebiendo alcohol, ni fumando; alimentándote racionalmente y masticando mucho; amando el aire puro, el sol y el agua; el ejercicio físico, el trabajo y el reposo metódicos, sin excesos; haciendo, en fin, vida higiénica y moral, sencilla, tranquila, contento con tu suerte; si así gobiernas, desde joven, tu existencia, las enfermedades podrán atacarte; pero tú estarás siempre listo para luchar y vencer.

Pablo A. PIZZURNO.



Si la kultur llegara a Venecia

Los metales en las plantas

El análisis químico revela, en gran número de vegetales, la existencia de un metal que parece ser especial para cada planta, y cuya clase y peso determina matemáticamente el análisis espectral.

Hace ya mucho tiempo que se sabía que las coles contienen azufre, que hay yodo en el rábano, en el reponche o rábano silvestre, en ciertas lechugas, siendo muy abundante en el heno y en los sargazos y plantas marinas; pero estos cuerpos son metaloides, y la existencia de metales en las plantas era al menos hipotética. Pero ya está fuera de duda tal cuestión.

El tabaco, la vid, el café, el cacao, la caña de azúcar contienen "litio", ese metal tan ligero, con el cual Arfeyson preparó el carbonato de litio o litina, y que es el principio activo de las aguas de Vitel, de Plombières y de Contrexéville.

Las hojas de la morera, de la encina, del árbol del te, de la remolacha, del azúcar, principalmente en la variedad llamada silesiana, de cuello rosáceo, contienen partículas de "rubidio", metal bastante raro, encontrado a veces con el platino en las arenas cuarzosas del Ural, y que produce un espectro con una raya roja muy característica.

El cobre se halla en el trigo y en la avena, en muy débil proporción. Se ha observado que el pan, procedente de la harina de tales trigos, era más lustroso; lo que explica el por qué los falsificadores, que son los grandes químicos, emplean el sulfato de cobre, en pequeñas dosis, para dar lustre al pan de lujo.

La ofensiva del engrudo

debe ser la acción de los días que faltan hasta el 3 de marzo!

La secretaria general hace un llamado a todos los afiliados y simpatizantes para que concurran de noche a los centros y comites independientes a fin de salir en comisiones a pegar fajas y carteles

Las fajas y carteles informan, en pocas y sugestivas líneas, de los propositos y de la acción del Partido. Pegarlos es hacer llegar la palabra escrita, rapida y eficazmente, a miles y miles de hombres. Empuñar el pincel en estos dias es prestar un real servicio al Partido y es trabajar por la democracia

¡NECESITAMOS SOLDADOS PARA LA OFENSIVA DEL ENGRUDO! ¡SEA USTED UN BUEN SOLDADO!

EL SECRETARIO GENERAL.

Proclama lanzada por el generalísimo del ejército socialista, doctor Antonio de Tomaso.

Alguien dijo alguna vez en tal o cual parte que la guerra era necesaria, "vitalmente" necesaria, porque depura el organismo social, fortalece las razas, entona los espíritus, etc., etc. Nada tan cierto como esto, es necesario reconocerlo.

La guerra que terminamos de presenciar los argentinos y en la cual hemos oficiado casi sin excepción, aunque fuera nada más que como franco tiradores, nos da la explicación. Guerra sin cuartel, ni amnistía posible, y no otra cosa son las luchas electorales, que libran las fuerzas de las democracias modernas (perdón, lector; a poco que se descuide, se encuentra uno escribiendo en radical).

Al partido socialista corresponde aquí el honor del perfeccionamiento — de la iniciación casi — de esta guerra de circunstancias. A él pertenece la creación de la verdadera "ofensiva del engrudo", llevándola en cuanto al número y calidad a la más alta expresión.

Durante buen número de noches, en sus últimas horas, de cada uno de los centros seccionales salieron a la calle crecidos contingentes de los modernos soldados de esta guerra que no mata más que ilusiones y esperanzas, pertrechados de paquetes de carteles, baldes de engrudo, brocha, cuando más gorda mejor, y mucha buena voluntad y tanto entusiasmo como es necesario para pasar en blanco las noches, desempeñando tan incómoda tarea.

El raro aspecto que durante estos días presenta la ciudad, con la polieromía de los millares de carteles de variadas formas y cataduras que cubren las paredes, no es más que fruto de la escuela socialista, que, obligados han debido seguir y aun imitar, y hasta plagiar los demás partidos y fracciones.

En algunas calles de la ciudad — se nos ha asegurado — fué tal la superposición de carteles en las paredes, que éstas aumentaron de espesor en tal proporción que, al "crecer" para adelante, salieron de la línea de edificación, cubrieron la vereda y hasta obstaculizaron el tráfico de la calzada.

La relación directa que existe entre la cantidad de engrudo gastado y el número de bancas ocupadas en el congreso por un partido, ha de dar lugar en día no lejano a que algún espíritu curioso de esos que gustan investigar la grandeza de las pequeñas cosas se aboque el estudio de este fenómeno democrático y se despache con un libro que podrá titularse, más o menos así: "Efectos del engrudo en la vida institucional de los pueblos en la edad moderna".

Mientras llega la posiblemente luminosa obra, solamente diremos que un candidato, cuanto más engrudo gaste, más fácilmente ha de pegar.



La organización de la ofensiva en el sector 14.



En el local de la 3.ª—Con armas y bagajes, a la espera de la señal de ataque.


Otro contingente seccional, perfectamente municionado y pertrechado.



Los "poilús" de la 12.—Aunque rigurosamente imberbes los del contingente responden en cualquier momento y en cualquier parte.

El "Orfeó Catalá de Buenos Aires"


Orquesta y masa coral del Orfeó Catalá en la audición dada en el teatro Buenos Aires el último domingo del mes ppdo., dirigida por el maestro don Rafael Genescá

Aclaraciones históricas

A propósito de la desobediencia de San Martín. — Carta del general Tomás Guido.

Muchas son las controversias que se han suscitado entre los historiadores de América, acerca de los móviles que indujeron al general San Martín a desobedecer la orden que recibiera del director supremo Pueyrredón para repasar con el ejército la Cordillera de los Andes, y venir en protección de Buenos Aires, contra la montonera que se había apoderado del litoral, y que extenuaba nuestra vida social, al terminar la primera década de la revolución.

Unos, opinan que el proceder del ilustre vencedor de Chacabuco y Maipú, obedeció: a que no estando aun pacificado enteramente el territorio de Chile, y existiendo peligros internos y exteriores para su independencia, solemnemente declarada, y propuéstose sustituir el pabellón de la libertad al estandarte de Pizarro, defendido por los soberbios leones de Castilla, en el mismo centro del poderío real en América, la altiva ciudad de los Reyes, el reclamo del gobierno argentino para el regreso inmediato del ejército libertador a estas playas, convencido—como lo estaba—de la urgente necesidad de esta expedición, como firme en su propósito de no desenvainar jamás su espada en guerras fratricidas, le hizo tomar la inquebrantable resolución de no mover ni un hombre, siquiera, de las fuerzas de su mando, decisión que dió a conocer oportunamente a las autoridades de que dependía; y, otros—no pocos, por desgracia—que a una comedia representada por él y O'Higgins, Las Heras, Necochea, Balcarce y otros patriotas de aquende y allende el Andes.

Sin embargo, una prueba de la noble conducta del Libertador, cuya vida jamás se envolvió en sombras, y de que no disfrazó sus juicios al gobierno, ni aun los de sus consejeros más dignos, será la carta que le dirigiera, con fecha 17 de marzo de 1819, desde Santiago de Chile, su secretario y amigo, general Tomás Guido, y cuyo contenido reproducimos a continuación, no sólo por arrojar viva luz sobre esos tiempos y sobre esos hombres, cuanto por el interés, que en este sentido, puede tener para los amigos de la América.

He aquí, pues, la carta aludida:

"Mi amado amigo: Más aliviado de mis dolores, contesto a las apreciables de usted de 5, 6 y 9 del corriente.

No varío un punto mi opinión respecto a la necesidad de una prontísima transacción con los montoneros. Convengo con usted en que cualquiera que sea el resultado de la campaña que se ha abierto contra ellos, será funestísimo a los intereses generales, si se decide por las armas, cuando nos vemos amagados de la expedición española. Si usted y la comisión consiguen que ambos partidos se den la mano para defender la patria, será más glorioso para usted que el triunfo de Chacabuco y Maipú. Estos son los momentos en que es preciso sacrificarlo todo a la libertad de la tierra. Si de una parte está la razón y de la otra la obcecación, debe buscarse en el peligro el arbitrio de unir ambos extremos.

Otra cuestión es aun más grave, a mi modo de ver, en la presente crisis, "el paso del ejército de los Andes a Mendoza". Esta resolución ejecutada, prepara, en mi opinión, la ruina de América. No es esto contradecirla, sino desahogarme con un amigo a quien debo tanta confianza. Con ella haré a usted las observaciones siguientes: La orden de nuestro gobierno para que repase el ejército parece que se funda: 1.° En la venida de la expedición de España; 2.°, en la imposibilidad de practicar la expedición a Lima; 3.°, en la seguridad de este país por la existencia de nuestra escuadra; 4.°, en la destrucción de sus enemigos exteriores, y 5.°, en la necesidad de evitar que el ejército de los Andes estacionado en Chile, sin otro objeto, avivase los celos de los malcontentos sobre su influencia en la administración del Estado. Vamos por partes. Nuestro gobierno cuenta para defender a Buenos Aires con el armamento de 4.000 hombres del ejército de los Andes y 10.000 reclutas de este Estado. Yo quiero suponer contra toda posibilidad, que no deserte un solo hombre y que se reunan a tiempo los reclutas pedidos, de suerte que usted cuente en abril 5.000 hombres de este Estado. Usted sabrá calcular si esta suposición es arbitraria, cuando recuerde que más de dos tercios de nuestro ejército se compone de hijos de Chile que apenas a bayonetazos irían a hacer la guerra a otro territorio. ¿Dónde estaciona usted estos 5.000 hombres? Paréceme que, o en la provincia de Cuyo o en la de Buenos Aires. Es demostrable que en el momento de saber el virrey Pezuela la retirada de nuestro ejército y el motivo porque lo verifica, reforzará el ejército de Laserna que asciende a 7.000 hombres, elevándolo al número de 10.000, para que dejando guarnecidos los pueblos baje a Tucumán, con una masa de 6.500 a 7.000 hombres, y de allí a Córdoba sin oposición. Entonces, si los 5.000 hombres se hallan estacionados en Mendoza, son cortados y perecen por consunción; y si en la de Buenos Aires, perdemos también la provincia de Cuyo. Buenos Aires queda aislado a su propio territorio, sin que ni pueda rechazar la fuerza que entra por el corazón de los pueblos, por no distraer su atención de la capital ni pueda evitar la comunicación por Santa Fe con los españoles, apenas entren en el Río de la Plata; de manera, que aun cuando Buenos Aires aumente 5.000 guerreros para defenderse, por esta medida abre el paso a 7 u 8.000 enemigos más con quienes combatir. No es este un cálculo puramente ideal por comparación entre las posiciones que ambos van a tomar. Este plan fué de Abascal en el año 1814, cuando los españoles conservaban la plaza de Montevideo: y es casi evidente que lo practicará Pezuela como el único movimiento militar que está indicado, si no quiere atacar este reino. Dejemos a un lado pensamientos consolatorios de la falta de víveres, cabalgaduras y otras adyacencias de un ejército, para confiarnos en que Laserna no tomase la ofensiva. Todo esto nada vale contra la experiencia, y hemos de convenir en que pueda hacerlo. Dígame usted ahora si son comparables las ventajas de aumentar nuestro ejército por la medida propuesta, con los males que caerían sobre Buenos Aires con la pérdida de nuestras provincias, y si aun cuando lográsemos derrotar a los españoles en las playas de Buenos Aires, después de los desastres consiguientes a una invasión tan formidable, quedaríamos en aptitud de arrojar a Laserna de nuestras provincias, y si no vamos a hacer interminable una guerra que nos consume, y que al cabo causaría nuestra disolución por la miseria? Por el contrario: si el ejército de los Andes permanece en Chile, su fuerza, amenazando, como está, las costas del Perú, llamará la atención de Pezuela y Laserna, y ni uno ni otro abandonarán las posiciones que actualmente ocupan; porque, ni Pezuela debilitaría sus tropas con riesgo inminente de ser atacado, ni Laserna dilataría su línea, dejándose flanquear por nuestro ejército. Actualmente sabemos que Pezuela ha dado órdenes a Laserna para que se repliegue, previniendo sin duda el riesgo de que sea cortado, si desembarcamos por Arica. Vea ahora usted, pues, a Buenos Aires con esta sola medida, con 6 ó 7.000 enemigos menos; con los recursos de las cuatro provincias interiores del Alto Perú, con los auxilios de Chile, con su opinión sostenida y con la retirada cubierta para cualquier contraste. Aun puede ser más extenso y benéfico este plan. Puede muy bien pasar a Mendoza el regimiento de Granaderos a Caballo, un batallón de infantería de los Andes y 1.500 reclutas de este país, y con los cuadros sobrantes de oficiales sueltos de Buenos Aires organizarse en Mendoza una división de 3.000 hombres que sirva de apoyo a las milicias de la provincia, que deben bajar a la campaña de Buenos Aires en caso de ser atacado, quedando como queda en Chile una fuerza expedita de 3.000 hombres, o para realizar el proyecto de usted sobre las costas del del Perú, o el mío sobre Guayaquil a buscar numerario, prescindiendo de otras mil atenciones que aun se tienen en Chile, de que hablaré después.

He demostrado, a mi ver, que tan lejos de ser el anuncio de la expedición española un motivo para que repase el ejército de los Andes, lo es al contrario, y que un movimiento general de él al otro lado de la Cordillera aumentaría los conflictos del mismo país que quiere defenderse. — Se habla de la imposibilidad de practicar la expedición a Lima, pero usted no ignora que cuando se ha tratado este punto con el gobierno de Chile, se ha calculado la suma de 6.100 hombres para dar un golpe decisivo sobre la capital del Perú. En efecto, tal vez no hubiera recursos para realizarla tan pronto como se necesitaba; pero no es lo mismo la habilitación de un ejército dispuesto a batir la masa de fuerza que oponga Pezuela, que preparar 3.000 hombres para atacar puntos indefensos, e introducir la revolución en todo el Perú, y mucho menos, para una expedición de 1.500 a tomar numerario en Guayaquil. Está ya formada la distribución por comisionados del Senado para la suma de 300.000 pesos, y se ha practicado con tanta escrupulosidad, que la de 1.500 es la mayor que toca en el rateo a los primeros caudales del país, y unidos a 100.000 que creo disponibles en el ejército de los Andes, hacen una cantidad suficiente para realizar un golpe sobre las costas del Perú. La expedición española nos da más de siete meses de tiempo, y un poco de energía basta para vencer las dificultades, sean cuales fueren las causas que las aumenten. Véase, pues, cias y véase si esto es posible, repasando zas de Buenos Aires, si logramos conmover algunas provincias del Perú, diseminar y fatigar la fuerza de los enemigos, e imposibilitar su atención sobre nuestras provincias y véase si ésto es posible, repasando las cordilleras el ejército de los Andes. — Además, recuerde usted, amigo, que la espectación de la Europa está pendiente de este suceso, los ánimos de los peruanos electrizados con la confianza de nuestras promesas, y el interés del país, nuestra libertad y nuestra fama interesados en su cumplimiento. Se cree también que Chile nada tiene que temer por estar defendido por su escuadra, y por haber arrojado a sus enemigos exteriores; pero es preciso, amigo, que no nos engañemos en estas cosas: ni uno ni otro fundamento existe. Usted sabía que la escuadra debía forzar el puerto del Callao el 17, según los avisos de Lord Cockrane. Hoy se ha cumplido un mes, y a esta fecha nada sabemos de su resultado. La empresa era peligrosísima, y hay justos motivos de temer un contraste; pero suponiendo que triunfe, y tome algunos buques de guerra, esto no impide la continuación de la guerra en este país. Sean cuales fueren los puertos que bloquee, todo el mundo sabe que aun a la vigilancia de los mejores marinos se escapan buques, y que al virrey no le sería difícil enviar de alguno de los innumerables puertos de la costa occidental remesas sucesivas de armas, dinero y municiones a Chiloé; de allí a Valdivia a reforzar y sostener la guerra que aún se continúa haciendo bajo la misma dirección del jefe que la ha sostenido por tantos años. Sánchez se ha retirado con más de 500 veteranos; todas las tribus de indios se han sublevado: la frontera ha sido embestida con impetuosidad después de la retirada de Balcarce: los guerrilleros Zapata y Pincheira amagan por San Carlos, y Freyre ha dicho oficialmente que no responde de la seguridad de la provincia de Concepción si no se le remiten auxilios inmediatamente. El invierno se acerca, y si en medio de la desolación de la provincia de Concepción se hace la guerra de recursos a la fuerza que cubre la línea del Bío-Bío, al mismo tiempo que es amenazada de frente por los indios, y por los fusileros de Sánchez, perece o se disuelve infaliblemente. ¿Es esto, amigo querido, haberse acabado la guerra en este país? ¿Es esto estar afianzada la libertad de Chile de los enemigos exteriores?... Ahora bien, si la fuerza existente en la actualidad en la frontera es batida, ¿con qué se reemplaza luego que el ejército de los Andes pase la cordillera? y existiendo aquí el todo o parte de él, ¿no podría desembarcar una división por Arauco, tomar de revés a Sánchez, y concluirlo antes que fuese destruída nuestra línea sobre la margen derecha del Bío-Bío? Usted sabe que sólo existen en la provincia de Santiago el batallón de infantería N.° 4, sin oficiales, y todo de reclutas; el batallón N.° 2 en el nombre y sin jefes, y el regimiento de caballería de la escolta. El 1.° no puede marchar por su falta de disciplina; el 2.° por falta de gente, y de quien lo mande, y el 3.° porque desmembrado por la fuerza que de él llevó Freyre, y diseminado en varias partidas, persiguiendo pequeñas montoneras, apenas alcanza para llenar estas comisiones y mantener la tranquilidad de la capital, con 200 granaderos que se están disciplinando. En esta nulidad militar, ¿quién recupera la provincia de Concepción? ¿quién defiende la de Santiago? ¿quién contiene la de Coquimbo? ¿quién enfrena a los díscolos y a los enemigos de la causa? ¿quién impone respeto a Lima, para que deje de enviar 2.000 hombres aunque sea de ciento en ciento? ¿quién organiza fuerzas? ¿qué jefes las mandan? ¿qué oficiales se colocan en ellas? ¡Ay, amigo mío! Eche usted una ojeada sobre este desgraciado país, y considérelo perdido sin remedio. Pese usted las desgracias que caerán sobre él, y las execraciones que mereceremos por no haberlas prevenido en tiempo. Entonces no podremos responder ante el tribunal del género humano, que los celos de los hijos de Chile nos han estrechado a abandonarlo, porque éstos ni en realidad existen entre los hombres pensadores, ni entre los inocentes americanos que lo habitan, y ambas clases merecen bien no las abandonemos en las garras de los españoles. Cuando se ha traslucido la marcha del ejército es que juzgamos con propiedad en quienes existen esos indignos celos.

Jamás han detenido tampoco el vuelo de las almas grandes las imprecaciones de los malvados, ni los errores de los ignorantes. Estos solos pueden murmurar de nuestra conducta: para éstos la libertad es una hidra cuyas cabezas quisieran cortar. No es para éstos para quienes trabajamos, sino para nuestra patria, para nuestros amigos y para nuestros hijos. El fruto de los héroes ha sido comúnmente desde la creación del tiempo la gratitud de los descendientes de aquellos que los sacrificaron. No por esto se leen sus nombres con menos respeto y admiración, ni sus obras por el bien de los hombres dejan de imprimir un agradecimiento profundo en las almas virtuosas.

Yo me he extendido demasiado, porque mi corazón se destroza con la memoria de un porvenir tan melancólico, y porque en verdad veo perdidas las fatigas de usted, la sangre de sus compañeros de armas y los desvelos de sus amigos después de los esfuerzos más generosos por la libertad de la América! Veo, en fin, que el paso del ejército tras los Andes prepara estos conflictos y la ruina general de la América. Perdidos Chile y el Perú, la experiencia nos ha acreditado que una consunción lenta basta para concluirnos. Compárense, pues, los bienes que se propone Buenos Aires aumentando algunos hombres para su defensa, con los peligros de que cerca a toda la América, y dígame usted su opinión como la única que puede consolarme.

Repito a usted que lejos de oponerme a la resolución de nuestro gobierno, he pedido todos los auxilios para que se realice, e insistiré en ello, a menos que usted, penetrado de mis reflexiones, no dé un corte a nuestra espinosa situación. Yo quisiera convertir las arenas en hombres para defender mi amada patria, y escarmentar a sus indignos agresores, deseo, también, participar allí de los peligros que ella corra; pero jamás ocultaré a amigos como usted mi opinión, ni aun a mi gobierno en una causa en que estoy tan empeñado como el primero de mis conciudadanos y cuyos compromisos no he rehusado jamás.

Dispénseme usted este desahogo y dígame con la celeridad posible su opinión y el remedio que podamos aplicar a estos males. Nuestro Borgoño pasa a hablar con usted y hará otras explicaciones de que tiene más conocimiento, en razón de no haber podido estar en todo en estos días por mi enfermedad.

Su inalterable amigo.—**Tomás Guido.**"

Como vemos por el valioso documento que dejamos transcripto, la conducta del egregio Libertador de Chile y el Perú, en su tan discutida desobediencia, no pudo ser más noble, motivada, como fue, por el ideal más sublime que puede alentar un alma humana: la independencia de los pueblos, y, como en este caso, la salvación total de un continente.

Gontrán ELLAURI OBLIGADO.

A una muerta

(De Musset)

Era bella; si la noche
que reposa ahí en la iglesia
donde Miguel Angel duerme,
inmóvil, puede ser bella.

Era buena, si es bastante
que, al pasar, la mano se abra
y dé, sin que Dios la mire,
si oro, sin piedad, es dádiva.

Pensaba, si el vano ruido
de una voz de dulce acento
como manantial que gime
puede ser un pensamiento.

Oraba, si es que dos ojos
que hacia la tierra se bajan
o se elevan a los cielos
pueden ser una plegaria.

Ella hubiera sonreído,
si la flor aún dormida
se entreabriese a la frescura
de las auras que la inclinan.

No lloró, porque su mano
sobre el corazón posada
no sintió el licor celeste
dentro de la arcilla humana.

Y no amó, porque el orgullo
como lámpara olvidada
que se deja en el sepulcro
velaba al borde de su alma.

Murió sin haber vivido:
fué su vida una ficción.
De sus manos cayó el libro
en el cual nada leyó.

Roberto BRENES MESEN.

Costa Rica.

Examen difícil

—Vamos a ver, niños, si saben contestar estas preguntas. ¿Cuándo es que la pierna izquierda resulta derecha?

—Cuando la extendemos.

—¡Muy bien! Ahora veamos si saben cuáles son los que este año no festejarán su cumpleaños.

—Los que han nacido el 29 de febrero.

—¿Y cuál es el principio de Arquímedes?

—La letra A.

—¡Sobresalientes!

Los dientes y el genio

Algunos médicos dentistas pretenden que la forma, disposición y dimensiones de los dientes son los mejores indicios para conocer el carácter de las personas. Según dichos médico-odontólogo-psicólogos, los dientes largos y estrechos denotan vanidad; los proyectados hacia adelante, como si se desbordaran de las encías, indican egoísmo y avaricia; los pequeños y separados, volubilidad; los finos y muy juntos, irritabilidad nerviosa, y los superpuestos o encabritados denotan hipocresía. Los sabios odontólogos no dicen nada de los que llevan dentadura postiza, pero algo debe haber de verdad en sus presunciones cuando al enfadarse una persona se dice que "enseña los dientes".



Notas femeninas



Toilettes para jovencitas

En los innumerables modelos que nos brinda la moda para esta media estación que vamos a entrar en estos días, he reunido algunos modelos que se adaptan con preferencia a los talles juveniles. Estos trajes, de un aspecto tan elegante, son asimismo prácticos y se prestan a un sin fin de combinaciones de géneros.

El primer modelo que os presento, es en terciopelo adornado con un bordado hecho en seda floche, o bien en lana. Un ancho cinturón de satín anudado a un costado, le da un aspecto del todo nuevo y él sólo se bastaría para modernizar un traje del año pasado.

Las faldas, por solo capricho de la moda, han disminuído casi de la mitad de su anchura anterior, creo más bien por economía que por otra cosa, pues este año han subido a un precio exorbitante todos los géneros de lana. Pero quedémonos en un justo medio y tengamos cuidado de no caer en las exageraciones de hace unos tres o cuatro años. Los anchos de las faldas varían según el estilo del traje. Por ejemplo, el N.º 1, con su ancha tira bordada, requiere poca amplitud: 2.60 ó 2.80 metros son suficientes; y, en cambio, el modelo número 2 puede muy bien tener 0.50 metros de más, sin que su línea sea alterada. Para este traje, podéis utilizar dos trajes antiguos y de diferentes géneros, como, por ejemplo, un traje azul marino, con el bajo de la falda color ''suède'' o patito, bordado con seda o lana en el tono del traje. Los botones del cierre, que se hace atrás en medio de la espalda, serán en el mismo tono que el adorno.

El cuerpo es tan sencillo, que no requiere mayormente ninguna explicación.



La banda en forma que adorna el escote, está en el mismo estilo que el de abajo en la falda. El cinturón debe ser cortado en pleno bies, para que moldee bien el talle. En satín o cualquier género de seda, un poco tupido, este modelo resulta precioso.

El segundo modelo, algo más elegante que el anterior, favorece el busto y los hombros, siendo el cuerpo cruzado y ablusado al talle. La pelerine es en tul bordado en soutache o bien en crêpe Georgette bordado con perlas. Los dos son de un lindo efecto sobre el crêpe de Chine, pero muchas de mis lectoras temen en general las dificultades del trabajo y eligirán el tul que es mucho mejor para bordar que el crêpe.

Una tira angosta de piel da una nota invernal al conjunto de esta delicada toilette, para ser reemplazada más tarde por un bies de tejido en el tono de la toilette, formando un cuello chal que baja hasta el talle.



Nuestro modelo tercero es bonito hasta más no poder, y se lo recomiendo con preferencia a las jovencitas que tienen un lindo cuerpo. Sin tener la nota de mucho vestir que el anterior modelo, tendrá un cierto cachet de originalidad cuando sea confeccionado en jersey. El bordado de lana, hecho al punto de cruz, dibuja los hombros; está hecho sobre el mismo cuerpo y siendo derecho baja diez centímetros más abajo del talle. Un alto de jersey en 1.80 metros de ancho compone la falda, siendo su amplitud en el alto repartida en frunces o pliegues no planchados. La banda que forma cintura, uniendo cuerpo y falda, será bordada y tiene la misma medida que el bajo del cuerpo, sin preocuparse del ancho del talle, pues hay que tener en cuenta que la hechura de esta toilette es floja, casi derecha.



Llegamos al cuarto modelo que es un seductor estilo marinero, siendo hecho de una combinación de dos colores, en gabardine o sarga. Este mismo, hecho en liberty o cachemire de seda con cuello en tul de dos tonos, será de un efecto mucho más elegante, guardando siempre su sello de sencillez y caracteriza el buen gusto que debe reinar siempre en las toilettes de nuestras niñas.

Adelantándome a la estación, doy dos primicias de los nuevos sombreros para que mis lectoras se den una idea de lo que serán. El primero es un ''toquet'' en satín matelassé o acolchado con un gran velo flotante, delante, en tul que se anuda atrás. Un pinche con una gran perla ovalada o redonda, lisa o abollada, sirve de adorno.

El otro es el gran favorito del momento: es de satín negro con un borde abullonado, formando turbante turco, sin ningún adorno.

Contra el cansancio de los pies.—El padecimiento debido a la extremada fatiga de los pies se calma con un baño caliente, o mejor aún, por inmersión en alcohol, acompañado de friegas con jabón blanco. Si no es suficiente, basta renovarlas y hacerlas seguir de completo reposo de los pies.

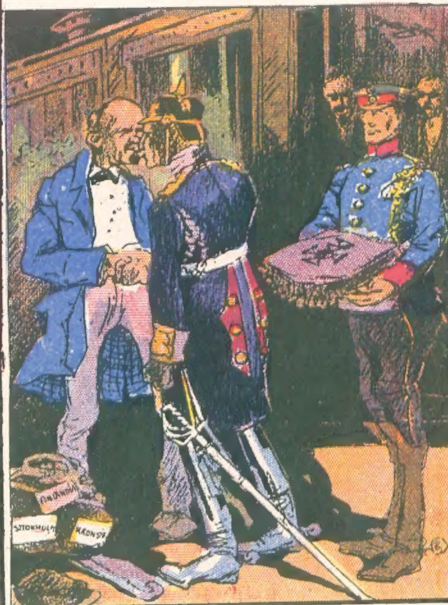


A. de DAUMONT.

Talleres heliográficos de Ricardo Radaelli, Paseo Colón, 1266.—Buenos Aires

Avisos ilustrados

LENINE JUZGADO POR SUS COMPATRIOTAS



Lenine.—Ya terminé mi obra. Toda Rusia está a sus pies.

Guillermo. — Muchas gracias. Creí que usted era un socialista muy entendido; ahora veo que es también un pillastre excepcional. Prefiero al último.

(De "Mucha", de Moscú.)

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS JUEVES

Oficina: BOLIVAR 580
BUENOS AIRES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Exterior	En el Interior
Trimestre . . $ 2.50	Trimestre $ oro 2.00	Trimestre. . $ 3.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. „ „ 4.00	Semestre. . „ 6.00
Año . . . . „ 9.00	Año . . „ „ 8.00	Año. . . . „ 11.00
N.º suelto. . 20 cts.		N.º suelto. . 25 cts.
N.º atrasado. 40 „		N.º atrasado. 50 „

Dirección y Administración: Unión Telefónica, 184 (Avenida)

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.